

Fundación Encuentro



LA "CORRUPCIÓN" DEL DEBATE POLÍTICO

(madre de todas las corrupciones)

(Madrid, 17 de mayo de 1995)

Casino de Madrid
Salón Real
C/ Alcalá, 5

LA "CORRUPCIÓN" DEL DEBATE POLÍTICO

(madre de todas las corrupciones)

(Madrid, 17 de mayo, 1995)

Participantes:

1. **Sr. D. Jorge Álvarez Agredo**
Doctorando en Derecho
UNIVERSIDAD CARLOS III
2. **Excmo. Sr. D. Óscar Alzaga Villaamil**
Catedrático de Derecho Político de la
U.N.E.D.
3. **Sra. D^a Catalina Andrés Arranz**
Secretaria de la
FUNDACIÓN ENCUENTRO
4. **Prof. D. Manuel Aragón Reyes**
Catedrático de Derecho Constitucional de la
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
5. **Prof. D. Gaspar Ariño Ortiz**
Catedrático de Derecho Administrativo
Director del Programa de Estudios de Regulación Económica
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
6. **Sr. D. Agustín Blanco Martín**
Licenciado en Filosofía
Miembro del equipo del CECS
7. **Sr. D. Tom Burns**
Corresponsal en España de
FINANCIAL TIMES

8. **Prof. D. Tomás Calvo Buezas**
Catedrático de Antropología Social de la
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

9. **Sra. D^a M^a del Carmen Charro Sánchez -Tabernero**
Jefe de Protocolo de la
FUNDACIÓN ENCUENTRO

10. **Sr. D. Jorge Clemente**
Director General de
ECO CONSULTING

11. **Prof. D. Elías Díaz García**
Catedrático de Filosofía del Derecho
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

12. **Sr. D. César Egido Serrano**
Presidente
GESTIÓN DE MECENAZGO, S. L.

13. **Sr. D. Carlos Elordi Dentici**
Corresponsal en España de
LA REPUBBLICA

14. **Excmo. Sr. D. José María de Escondrillas**
Empresario

15. **Sra. D^a Mar Estébanez**
Directora General de
ATENEA, S. A.

16. **Sr. D. Alberto Fernández Bombín**
Estudiante de
Administración y Dirección de Empresas (LADE)
UNIVERSIDAD CARLOS III

17. **Ilmo. Sr. D. Claro J. Fernández-Carnicero González**
Letrado de las Cortes Generales
Director de Relaciones Parlamentarias
CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

18. **Prof. D. Luis Fernández de la Gándara**
Catedrático de Derecho Mercantil
DESPACHO DE ABOGADOS J. A. GARRIGUES

19. **Prof. D. Carlos R. Fernández Liesa**
Profesor Titular de Derecho Internacional UNIV. CARLOS III
Director de la
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES "FERNANDO DE LOS RÍOS"

20. **Excmo. Sr. D. Joaquim Ferrer i Roca**
Portavoz del Grupo Parlamentario Catalán CiU en el
SENADO

21. **Ilma. Sra. D^a Ana María García Armendáriz**
Concejal del Área de Servicios Sociales y Comunitarios del
AYUNTAMIENTO DE MADRID

22. **Prof. D. Antonio J. García-Santesmases Martín-Tesorero**
Profesor de Filosofía Política de la
U.N.E.D.

23. **Sr. D. Manuel Gómez-Reino y Carnota**
Sociólogo
Consejero Delegado de
DATA, S. A.

24. **Srta. D^a María del Pilar Gómez Sáez**
FUNDACIÓN ENCUENTRO

25. **Prof. D. Alfredo Hernández Sánchez**
Profesor Titular de Sociología de la
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

26. **Prof. D. Augusto Hortal Alonso**
Profesor de Ética
Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la
UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

27. **Sr. D. Esteban Ibarra**
Coordinador de JÓVENES CONTRA LA INTOLERANCIA

- 28. Srta. D^a Betty Jansen**
Licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas
- 29. Sr. D. José María Jiménez Shaw**
Estudiante de 6º Curso en la
E.T.S. Ingenieros de Telecomunicaciones
- 30. Excmo. Sr. D. José Jiménez Villarejo**
Presidente de la Sala Quinta del
TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA
- 31. Sr. D. Francisco Linde de Castro**
Asesor del Presidente de
EMPRESA NACIONAL DE RESIDUOS RADIOACTIVOS (ENRESA)
- 32. Excmo. Sr. D. Carlos López Riaño**
Secretario de Estado
Delegado del Gobierno para el
PLAN NACIONAL SOBRE DROGAS.
MINISTERIO DE JUSTICIA E INTERIOR
- 33. Excmo. Sr. D. Pablo Lucas Verdú**
Catedrático Emérito de Derecho Político de la U.C.M.
Académico de número de la
REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS
- 34. Ilmo. Sr. D. Gonzalo Madrid González**
Director General de Desarrollo, Planificación y Control de Gestión
RENFE
- 35. Excmo. Sr. D. José Antonio Martín Pallín**
Magistrado de la Sala Segunda de lo Penal del
TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA
- 36. Sr. D. José María Martín Patino**
Presidente de la
FUNDACIÓN ENCUENTRO

- 37. Excmo. Sr. D. José María Mohedano Fuertes**
Abogado
Diputado del PSOE por Valencia en el
CONGRESO DE LOS DIPUTADOS
- 38. Excmo. Sr. D. Alejandro Muñoz-Alonso Ledo**
Diputado del PP por Madrid
CONGRESO DE LOS DIPUTADOS
- 39. Srta. D^a María Isabel Muñoz San Ildefonso**
Licenciada en Ciencias Físicas
Profesora en I.C.A.I.
- 40. Excmo. Sr. D. Alberto Oliart Saussol**
Abogado del Estado
- 41. Ilmo. Sr. D. Javier de Quinto**
Asesor del Gabinete del Ministro de Industria y Energía
MINISTERIO DE INDUSTRIA Y ENERGÍA
- 42. Excmo. Sr. D. Víctor Ríos**
Responsable de Relaciones Políticos-Sociales de
IZQUIERDA UNIDA
- 43. Sr. D. Eugenio Royo Errazquin**
Director de
HIDRAÚLICA SANTILLANA, S. A.
- 44. Javier Ruiz-Ogarrio Herault**
Empresario
- 45. Sr. D. Benito Sagredo**
Estudiante en la
E.T.S. de Ingenieros Industriales
- 46. Sr. D. Carlos Sánchez Olea**
Consejero Delegado de
ATENEA, S. A.

- 47. Sr. D. Justino Sinova**
Periodista
Profesor en la Universidad CEU-San Pablo
- 48. Sr. D. Eduardo Sotillos**
Periodista
- 49. Sr. D. Manuel Zaguirre Cano**
Secretario General de
UNIÓN SINDICAL OBRERA (USO)
- 50. Excmo. Sr. D. Virgilio Zapatero Gómez**
Ex-ministro de Relaciones con las Cortes
Profesor de Filosofía del Derecho de la
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
- 51. Excmo. Sr. D. Eduardo de Zulueta y Dato**
Embajador de España

GUIÓN PARA EL DEBATE SOBRE LA "CORRUPCIÓN" DEL DEBATE POLÍTICO

(madre de todas las corrupciones)

(Madrid, 17 de mayo, 1995)

1. Razón de este debate.

La susceptibilidad de la vida española es tal, que la más pequeña discrepancia sobre cualquier asunto, parece un *casus belli* y una afrenta personal.

Decae el interés sobre el discurso propiamente político. No se mueve en zonas de interés común. Carece de sentido (en buena parte, para adaptarse a los gustos de los electores). Tenemos la impresión de asistir, como espectadores pasivos, a un certamen. El veredicto de las urnas será de quien haya dominado mejor la técnica electoralista y no de aquellos que hayan sido capaces de articular un programa de mayor interés general.

La crispación política de la sociedad y el discurso feroz de los políticos actúan en un círculo vicioso. La espiral de la violencia verbal nos aleja de la política, entendida ésta como arte de la palabra. Cuando la palabra es utilizada como proyectil y no como idea, abandonamos el campo de la política para entrar en el de la seducción y violación de la voluntad.

El **Foro "Debates-Encuentro"** ha preferido, en estas fechas de plena campaña electoral, no entrar en ninguna de las cuestiones partidarias. Estima, sin embargo, que la campaña electoral, tal como se viene produciendo, ofrece una buena ocasión para reflexionar sobre nuestro actual debate político, en el que participan no sólo los líderes o candidatos, sino todos los medios de expresión de la opinión.

La reacción popular de indignación moral que estigmatiza la corrupción -y con ella a los agentes políticos responsables de las mismas- no se produce, en cambio, con parecida fuerza, contra el fenómeno de corrupción del discurso público. Una corrupción que, a nuestro juicio, toca la "esencia de la democracia", que no reside tanto en el principio de la mayoría cuanto en el compromiso permanente de la mayoría y la minoría en favor de los intereses generales del país (Hans Kelsen).

2. Condicionantes históricos de debate político en España.

La experiencia de la Segunda República. Las cuatro grandes cuestiones en el enfrentamiento dialéctico: La dinástica, la social, la religiosa y la territorial o autonómica.

El planteamiento del diálogo público a partir de los años 60: Polifonía de voces en torno a los proyectos de cambio, observaciones sobre lo que estaba ocurriendo, expresiones de identidad, nostalgias, etc. Organizaciones más o menos clandestinas. La libertad orientada a la crítica del poder.

Transición a la democracia: Enfebrecimiento y ampliación del ámbito del debate restringido por el régimen franquista. Herencias retóricas del discurso político anterior. Hábitos de imprecisión y confusión en la percepción de los intereses comunes y particulares. Identificación con amigos o enemigos. Estereotipos más socorridos: derecha, izquierda, nacionalismos, progresista, reaccionario, etc., más propios del discurso emotivo. Es poco habitual la distancia emocional respecto a un razonamiento y la consideración de las razones del argumento mismo.

Inclinación al "pensamiento mágico": el pensamiento conspiratorio y el pensamiento tribal facilitan la simplificación de las cuestiones; de ahí que sean utilizados con facilidad por los líderes políticos.

Resulta paradójico quejarse de la falta de interés de la gente por el debate político, cuando los políticos tratan esos asuntos como si pertenecieran a su vida privada o carrera profesional. Se hacen inútiles todos los esfuerzos para hablar de asuntos comunes, cuando lo que interesa son exclusivamente las personas. La crítica política se nutre más de argumentos sobre las formas democráticas que sobre las propias cuestiones debatidas.

3. El maniqueísmo en el debate político.

Como maniqueísmo político podemos definir la tercera tendencia imperante ahora en la vida política. En tiempos de turbulencia, de desorientación se hace más difícil -por no decir imposible- vivir sin referencias claras a normas y certezas. Triunfan aquellos que pretenden sustituir al universo cotidiano, hecho de matices, de signos nunca evidentes y de contradicciones emergentes, por un universo monocolor en el que aparezcan claramente las oposiciones y se definan en negro sobre blanco las fronteras que separen a los buenos de los malos. Se presenta el bien y el mal como separables en mundos distintos. El maniqueísmo se manifiesta en formas diversas: en la visión simplificadora y dualista del mundo político; en el monopolio de la ideología según lo que Nietzsche llamó "la voluntad de no ver". No se quiere ver objetivamente al adversario. Se comienza con el discurso arrogante que le ignora o le desprecia y al que se pretende aniquilar, no físicamente, pero sí en su prestigio intelectual, moral y político. El adversario deja de ser interlocutor válido, porque se le niega la representación virtual de intereses sociales y de fuerzas políticas vigentes.

Este maniqueísmo representa la peor de las invasiones del moralismo en la política. La obsesión de denunciar la perversidad del adversario se disfraza de conciencia moral y adquiere

una capacidad increíble de deslizamiento a todo lo político. La política no puede carecer de moral, pero la absorción de aquella por ésta es característica de los sistemas inquisitoriales. Cuando se logra configurar públicamente al adversario como un perverso, el impugnador se alza como maestro de costumbres. Su discurso se hincha primero como monólogo, después como lección y llega a su engrandecimiento final asumiendo todos los tonos de la amonestación. Esta utilización de los reproches éticos para la confrontación, vacía a la política de sus específicos ingredientes. Quien se cree verdaderamente moral porque conoce las dimensiones totales del hombre sobre políticas concretas, ha comenzado ya a no ser moral del todo. No hay moral allí donde no se pretende ayudar al otro, ni entablar el diálogo para buscar en común las soluciones que interesan a todos.

4. Condiciones esenciales del debate político.

La condición dialógica: el debate carece de sentido si no es cooperativo, de diálogo entre adversarios. Si se trata de crear opinión en torno a un asunto de interés general, convendrá confrontar los planteamientos y las razones que apoyan a las distintas visiones o conocimientos sobre el mismo. La reiteración de lo mismo se convierte, inevitablemente, en una sucesión de monólogos. La argumentación cooperativa debería ser el horizonte ideal del debate político.

La condición democrática: excluiría la coacción psicológica que suele utilizar la técnica de propaganda colectiva, dirigida casi exclusivamente a la voluntad emotiva y a nublar las inteligencias. La reiteración de eslóganes publicitarios no respetan la dignidad de los ciudadanos; miran exclusivamente al éxito y tratan de justificar los medios con el fin de obtener votos. El "todo vale" en la argumentación política, constituye una modalidad de la "cultura del éxito" (vulgarmente llamada "del pelotazo"), tan denostada en el ámbito económico y tan tolerada en la vida política.

Los participantes en el debate: todos, políticos y ciudadanos, deberían ser partícipes en el debate sobre la naturaleza de los problemas comunes y de las soluciones a los mismos. Cada decisión que pueda tomarse es, de alguna manera, provisional, en cuanto volverá a ser examinada o considerada a la vista de sus consecuencias, incluidos los cambios de circunstancias y de sentimientos colectivos. Esto no se opone a que algunos participen con mayor énfasis: políticos, grupos y organizaciones de la sociedad civil.

Los sondeos de opinión: intervienen hoy con más frecuencia en el debate político. Se discute su validez, la sinceridad de las respuestas, el hecho de que ofrezcan sólo respuestas instantáneas o "estados de ánimo" de la población, de que se presten a la manipulación, de que se utilicen para orientar la opinión, más que para descubrirla, etc. La suma de opiniones individuales, aunque sean mayoritarias, no refleja la auténtica opinión. En este sentido, convendría debatir sobre el uso y el abuso de los sondeos.

LA «CORRUPCIÓN» DEL DEBATE POLÍTICO

(madre de todas las corrupciones)

(Madrid, 17 de mayo, 1995)

Sr. D. José M^a Martín Patino

Presidente de la

FUNDACIÓN ENCUENTRO

Buenas noches, señoras y señores. Muchas gracias por asistir una vez más a nuestras reuniones.

Para aquellos invitados que nos hacen el honor de venir hoy por primera vez, y también para los que están acostumbrados, recordaré cuáles son las normas para el diálogo. En ningún caso la intervención superará los cinco minutos, salvo las intervenciones de los «iniciadores» del diálogo. Para que estos cinco minutos enriquezcan el debate en la medida de lo posible, sugerimos que el interviniente exponga sucintamente las ideas más pertinentes al tema, indicando aquellas con las que está de acuerdo y aquellas con las que discrepa. A continuación, puede dedicar dos o tres minutos a proponer los argumentos que apoyan su opinión, las líneas que considere más importantes o las que no han sido introducidas aún en el debate. En el caso de que alguno de los participantes traiga escrita su intervención, les rogamos que después nos entregue el escrito para hacer figurar su contenido íntegro en la crónica del debate. Al mismo tiempo, es recomendable que no lea el escrito, sino que trate aquellos puntos que considere más actuales por las circunstancias del debate o por el momento en que interviene en éste.

Con estas reglas intentamos que ustedes puedan intervenir el mayor número de veces posible y puedan ceder la palabra a otros miembros de la mesa que, indudablemente, conocen el tema y podrán enriquecerlo también con sus intervenciones.

Comienzo expresando dos ideas sobre este debate:

En primer lugar, cuando hablamos de la «corrupción» del debate público, la palabra «corrupción», aunque esté de moda, tiene un significado distinto: aquello que no es natural, aquello que no cumple su verdadera función.

La institución del debate político es esencial en una democracia. Sus funciones van a ser definidas por ustedes. Al mismo tiempo, en el curso del debate, podremos saber si está degenerando o si conserva su integridad.

En segundo lugar, no debemos tratar, en modo alguno, sólo del debate de los políticos. Debemos hablar del debate público o sobre lo público, de los intereses generales.

Trataremos de lo que en términos de Maquiavelo podría ser «la plaza pública» o lo que algunos llaman hoy «la esfera pública», más apartada de las regulaciones del Estado, en un ambiente de mayor libertad de expresión. Aunque, naturalmente, el mayor énfasis se centre en los formadores de la opinión (los políticos, las organizaciones, los medios de comunicación, las tertulias, etc.), no se pueden olvidar del pueblo y de sus debates y tertulias: qué, cómo se discute, qué conocimientos tienen... A todo eso lo llamamos «debate público» o «debate sobre lo público».

Podríamos preguntarnos si el debate de los políticos o el que aparece en los medios de comunicación, el que mete más ruido con sus prédicas, con sus voces, con sus gestos, etc., formando una especie de algarabía, está ocultando otro debate más pacífico y más objetivo, como el de las comisiones del Parlamento o el de los intelectuales. La reunión que queremos mantener aquí tiende a este tipo de debate. Puede que lo que resuene sea la voz de los chamanes y no la voz de los que hacen un debate de cooperación, dialógico y con argumento, yendo directamente a las cuestiones de interés general y analizando las mismas para enriquecerlas.

DEBATE

Excmo. Sr. D. Alberto Oliart Saussol

Más que iniciar el diálogo siguiendo la pauta estricta del guión que nos facilitaron, he elaborado una serie de pensamientos que llevan a unas conclusiones que no son enteramente las del guión citado.

Ante todo, partimos del supuesto de que la democracia, como forma política, presupone la racionalidad de conducta y expresión de los ciudadanos, entendiendo como ciudadano a aquel sujeto político activo o pasivo. Ésta es la tesis que Aurelio Arteta mantiene en un artículo titulado "Nacionalismo y democracia", publicado el día 16 de mayo en El País.

Es obvio que la democracia es una forma política que, a través de distintas instituciones y procedimientos, asegura o pretende asegurar un cierto equilibrio de poderes públicos, tal como definió Montesquieu: ejecutivo, legislativo y judicial. El control de los gobernantes ejercido indirectamente por los gobernados a través de los representantes elegidos, bien de manera directa en los países donde existe el referéndum o bien a través de consultas populares generales. Ahora bien, todo esto está hecho para que, en último término, lo que asegure la democracia sea la libertad del individuo. Si se quiere, que aseguren la esfera de derechos y deberes que hacen posible la libertad y dignidad del individuo sin distinción de edad, sexo, religión, color, etc. Eso es lo que la democracia persigue.

Tenemos que recordar que la democracia históricamente no ha sido una forma política casi planetaria, como parece que quiere ser en este momento; incluso hoy, no lo es en una gran parte del mundo y para una gran mayoría de la población de ese mundo. La democracia, para ser un sistema basado en la razón y en la conciencia libre, pacífica y solidaria, necesita que, en una sociedad determinada y en un tiempo determinado, se den una serie de condiciones favorables. La más importante de ellas -ya la señaló Thiedriv* en su libro clásico sobre el gobierno- es que se dé un amplio consenso entre los ciudadanos y los grupos sociales en torno a las cuestiones que se consideran esenciales para la comunidad en cuestión. Todo lo que sea ahondar en el sentido del consenso aumentará la solidez y la profundidad de cada democracia política. La ruptura del consenso en cuestiones fundamentales, cuando esa ruptura implica a grupos de poder importantes y/o a amplios sectores sociales, pone en peligro la democracia e incluso puede acabar con ella.

En nuestro tiempo, ese consenso amplio, tácito y expreso requiere que la sociedad democrática sea lo suficientemente homogénea, desde el punto de vista cultural, político y económico, para que no se produzcan fracturas que sean insalvables por los métodos y procedimientos democráticos. Además, debe existir una permanente capacidad de comunicación y

diálogo entre los grupos sociales y políticos que tienen diferentes puntos de vista sobre cuestiones esenciales. Las posiciones antagónicas suscitadas deben tener como base el diálogo o la plena aceptación de los procedimientos establecidos en la forma democrática de gobierno.

Es evidente que en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX no se dieron ninguna de las condiciones que hacían posible una democracia en España. Durante la Segunda República, la fractura entre adversarios políticos y sociales se profundizó de tal manera que el espacio de la vida política se convirtió en un lugar de enfrentamiento violento sin posibilidad de diálogo y menos aún de entendimiento. La Guerra Civil se hubiera podido evitar, pero el clima en el que se vivía, sobre todo a partir de la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, fue un clima creciente de guerra en las palabras y en los hechos. A partir de los años sesenta se crean las condiciones económicas y sociológicas necesarias (aumento de la clase media y de la renta por habitante, rapidísima disminución del sector primario y del analfabetismo, etc.) para que el pueblo español pudiera vivir en democracia. A lo largo de los setenta se ira produciendo cada vez más de prisa el «efecto tijera» de separación entre esa realidad social y la vida política.

Cuando se instaura la democracia como régimen político en España, coinciden dos cosas: por una parte, la sociedad española es, en aquel momento, una sociedad madura para la democracia por condiciones objetivas y por miedo a repetir los enfrentamientos que condujeron a la Guerra Civil; también hubo, en contra de lo que pasó en 1936, una circunstancia internacional favorable a la democracia. Por otra parte, los principales actores políticos del momento, y sobre todo el Rey, querían instaurar el sistema democrático. Como dice D. Claudio Sánchez Albornoz, se produjo uno de esos momentos históricos en que la voluntad y la decisión de un individuo, apoyado por una minoría de la clase política anterior, fue decisiva para que el futuro político inmediato de España, fuera el que fue y no otro.

Todos los que intervinimos en la transición política teníamos un objetivo común muy claro: instaurar la democracia política y la libertad. Ese objetivo común facilitaba el diálogo y el consenso, incluida la transacción, sobre problemas en los que los partidos políticos tenían posiciones distintas o antagónicas. Pero no sólo actuaba un objetivo común (instaurar la democracia política, recuperar la libertad), también se tenía la voluntad de que no se produjera un retorno a enfrentamientos como los que llevaron a la Guerra Civil. Operaba, además, en todos o en la inmensa mayoría la decidida voluntad de entendernos, de llegar al compromiso y al consenso en las cuestiones en las que teníamos ideas enfrentadas. Eso produjo los Pactos de la Moncloa y se observó claramente en los Estatutos de Autonomía vasco y catalán.

Sin embargo, hemos de ser conscientes de que aquellos impulsos y motivos se han ido debilitando o incluso han desaparecido.

Quizá el último incidente del General Gutiérrez Mellado con el insumiso que no sabía quién era y tampoco lo que había pasado la noche del 23 de febrero ilustra perfectamente el porqué del cambio habido o, al menos, uno de los porqués. Otra causa sería la larga permanencia en el poder de un partido político, el PSOE, y sus hasta ahora abrumadores o inesperados triunfos electorales. Los partidos de la oposición, y sobre todo el que puede conquistar el poder ganando las elecciones, se han lanzado a utilizar la táctica del desgaste del adversario y de la descalificación personal de los gobernantes. Es cierto que la táctica ya fue utilizada por el PSOE contra Adolfo Suárez y contra UCD, pero no llegó a tener la amplitud ni la violencia de tono y procedimiento que tiene en estos últimos tiempos, sobre todo a partir de 1993, año que marca y encuadra los temas que nos han propuesto.

La lucha política y la dureza verbal es normal en las democracias de nuestro mundo -véase lo que dicen los republicanos, líderes del pacto con América, de Clinton o de su mujer, lo que ha estado pasando en Francia, lo que pasa continuamente en el parlamento inglés o el caso italiano-. Es normal la violencia del lenguaje en la vida parlamentaria y en las campañas electorales. Y esto no es corrupción.

Lo que no ha sido ni es normal es que esta violencia en el lenguaje político (acusar de infractores de la ley al adversario político, el insulto, la descalificación o el anatema por ser de derechas o de izquierdas) se haya convertido en algo permanente y cotidiano en la vida pública y política española a lo largo de estos dos últimos años. Eso es anormal y nuevo. En todas partes, los políticos insertos en una campaña electoral se valen de argumentos descalificables desde el punto de vista de la ética o de la educación política; sin embargo, no es normal vivir permanentemente en ese ambiente. Si esta situación continuara y otra vez los mitos y los sentimientos exasperados se convirtieran en la forma de entender la política y la lucha política por parte de una mayoría de ciudadanos que ha de tener forzosamente creencias y sentimientos diferenciados, y no fuéramos capaces de situar los problemas de nuestra sociedad en el terreno que les es propio (económico, sociológico, tecnológico, etc.) para discutirlos y tomar decisiones, entonces se iría erosionando cada vez más la esencia de los procedimientos democráticos y la misma democracia.

No creo que nuestro pasado determine nuestro futuro, pero sí lo influye. No sé cuál es el procedimiento para evitar lo que está ocurriendo, pero hay que hacer todo lo posible para que esta guerra política se sustituya por una confrontación que no hurte a los ciudadanos - como se dice en el guión- los verdaderos problemas que tenemos planteados, para que se razone sobre ellos, aunque sea a través de una discusión dura y difícil, pero que no se cierre la posibilidad del diálogo y del compromiso.

Tenemos que ser realistas porque el ser humano no es, no ha sido y quizás nunca será un paradigma de racionalidad. El sentimiento, el miedo, la violencia y aún cosas peores están en cada ser humano en permanente lucha con esa otra parte en la que se encuentra la chispa divina de nuestra contradictoria naturaleza humana. Por lo tanto, el político tiene que contar con la realidad social y humana tal como es y, a partir de este hecho, tiene que saber que no basta tener razón para conseguir un objetivo, sino que además debe presentar sus argumentos de tal manera que convengan y a ser posible descalifiquen los del adversario. La razón cooperativa es y ha de ser siempre dialéctica y beligerante en la democracia con pluralidad de partidos políticos y en el debate público.

En mi opinión es más importante la finalidad que la forma: por qué y para qué se quiere el poder político, los procedimientos democráticos, etc. Eso es lo realmente importante. En democracia es esencial el respeto al adversario y a la minoría, en cuanto son partes necesarias e insustituibles del sistema. Si se quiere destruir al adversario o sojuzgar y amordazar a las minorías mediante la lucha política legítima, se está destruyendo ese delicado equilibrio en el que consiste la democracia como forma política que garantiza la libertad de cada individuo. Para mí, ese canon de la finalidad me sirve para saber cuando hay una perversión de los métodos y luchas y la manera democrática de expresarse y cuando no. Como he dicho antes, desde 1993, en la vida pública, política y en la influida por los medios de comunicación se ha traspasado las formas legítimas de lucha democrática.

Sr. D. Eduardo Sotillos

Voy a ser, al mismo tiempo, breve e impopular. Me ha gustado mucho la intervención de Alberto Oliart. Y aunque su diagnóstico ha sido terrible, estoy de acuerdo con casi todo lo que ha dicho.

Pero, refiriéndome al último punto de esta comunicación inicial, quisiera poner de manifiesto una terrible paradoja: en tiempo de campañas electorales, estamos escuchando siempre, como tópico o latiguillo, que los políticos no explican sus programas, que no existen éstos, que se lanzan descalificaciones... Y eso se suele admitir como algo real. Y tengo que decir que eso es falso. Todos los partidos políticos hacen un esfuerzo por redactar sus programas, hacer folletos divulgativos de ellos, enviarlos a los medios de comunicación... Después, el contenido de sus programas no aparece, tal vez porque son muy aburridos o porque hay que hacer un esfuerzo de síntesis. Lo mismo ocurre en los mítines. Aunque los candidatos -y yo he asistido a muchos mítines, incluso en esta misma campaña he asistido a algunos- hacen el enorme esfuerzo de dirigirse a un auditorio explicando y razonando sus programas con moderación, esto no se trasluce luego a la opinión pública, porque lo que piden los periodistas que están allí es un titular violento y que dé lugar a la controversia. Y simultáneamente, cuando luego se publica ese titular, éste viene seguido por una crítica y un ataque al político por haber dicho una barbaridad, que si no dice, seguramente no tendría eco.

Estamos en una sociedad en la que el debate político da mucha más importancia a la transmisión del mensaje que al propio mensaje. Así, se puede llegar a comprender la irritación que Julio Anguita manifestaba hace unos días, cuando decía que prefería que se percibiera su mensaje directamente y no la transmisión de éste. Sin embargo, en estos momentos, nadie se le ha echado encima porque ahora no está de moda echarse encima de Julio Anguita. Ha habido frases muy cariñosas, simpáticas, etc. Si eso mismo se le hubiera ocurrido decir a un dirigente político de otro partido político que no hace falta mencionar, seguramente en estos momentos estaría en la picota, acusado de estar intentando manipular la voluntad de los periodistas y orientar sus crónicas sobre la realidad que están transmitiendo.

Es normal que en la lucha por conseguir la frase en el telediario no se le pueda pedir al político que lance un mensaje racional, expositivo de todas sus ideas, porque entonces no conseguiría seguramente abrirse hueco en los titulares o en las primeras páginas de los periódicos, en los resúmenes de la radio o en los de la televisión. He estudiado, junto a un hombre interesado por la comunicación, que hay políticos que han descubierto la clave para solucionar este tema: practicar una política de expresión verbal muy moderada, subrayar que van a ser muy moderados simplemente porque tienen la posibilidad de que, a través de otros altavoces u otros medios, otros sean los que puedan lanzar el mensaje intolerante, agresivo, el más duro, ante el que, naturalmente, se ve en la obligación de contestar directamente el político que no ha sabido articular esa posibilidad de emitir un mensaje dialéctico y queda como un inmoderado.

Creo que estamos asistiendo a un juego difícil y perverso en la democracia. Pero no se les puede echar absolutamente la culpa ni a los partidos ni a los hombres políticos. Insisto en que hay programas políticos; los políticos se esfuerzan en explicar en los mítines cuál es su programa de actuación urbanística, cultural, de transportes, etc., ante quinientas personas, pero lo que se transmite luego es la frase lógica que en un mitin tiene que quedar como un latiguillo, descalificando al adversario.

Excmo. Sr. D. Víctor Ríos

Una vez más, quiero agradecer la invitación que se me ha hecho para participar en este debate. Mi primera experiencia de participación en este foro fue hace dos meses durante una reflexión muy interesante y variada sobre la tolerancia. Por lo tanto, deseo que este debate tenga las mismas características que el anterior.

Y refiriéndome a la tolerancia, concepto que inspira a los organizadores de este coloquio, quiero mostrar sin dilación mis diferencias con el enfoque del guión recibido. No lo hago por afán de disonancia, aunque quizá esto permitirá otras perspectivas para la discusión.

No oculto que en este debate me considero no sólo parte interesada, pues eso se lo supongo a todos ustedes, dada su presencia aquí, sino parte presuntamente implicada y encauzada -según este guión- de este debate. En el guión se alude de modo genérico y universal a los políticos, sin puntualizar nunca «algunos políticos» o «determinados políticos». Me considero aludido, aunque injustamente, por los términos en que el guión plantea el debate. Ese tratamiento indiscriminado es uno de los puntos flacos del guión -aunque, por otra parte, contiene otras consideraciones que comparto-, porque no ayuda a encontrar las claves y las razones de por qué algunos políticos utilizan el insulto y la descalificación personal en campaña electoral o fuera de ella. En estos días, yo estoy participando en actos electorales y hasta ahora no he oído de mis compañeros y compañeras ni ha salido de mi boca ninguna descalificación personal o insulto hacia ningún representante de las otras fuerzas políticas con las que, como es lógico, debato y polemizo.

Durante esta campaña, he emitido juicios de hecho. Por ejemplo, en estas elecciones hay dos fuerzas políticas de carácter estatal en claro ascenso, Partido Popular e Izquierda Unida, y otra en claro descenso, Partido Socialista. Esto me parece un juicio de hecho contrastable hasta ahora por las encuestas y que veremos corroborado el 28 de mayo. He emitido juicios de valor al dar mi punto de vista sobre por qué los ciudadanos confían más en las dos fuerzas políticas citadas y por qué confían menos en la otra. También he salpimentado mis exposiciones con ironías para hacer menos plúmbeo el discurso. Así, por ejemplo, recorro a un personaje como Pinocho y me pregunto por qué a algunos personajes de la vida política no les sale una protuberancia nasal como la de este personaje. Utilizo expresiones como «vestirse con piel de cordero» para ilustrar mi opinión sobre el camuflaje que usan algunos partidos para sus programas. O al comparar fuerzas políticas distintas a la mía, a veces elijo ejemplos como «Pepsi Cola-Coca Cola», etc.

Estas muletillas sirven para hacer más llevadero y más pedagógico el discurso. Sin embargo, no hay necesidad de insultar ni descalificar personalmente a nadie. Además, los asistentes reciben un mensaje y se pueden entretener sin recibir insultos o descalificaciones.

¿Quién usa el insulto y/o el agravio personal en política? Dos tipos de persona: los maleducados (por ignorancia de modales o por pura soberbia) y los desesperados (porque no les van muy bien las cosas o la campaña y recurren a "sal gorda"). A veces estos dos rasgos se unen. Si un maleducado está desesperado se puede potenciar el efecto. Una variante de esto es la pretensión de congraciarse con el auditorio, de buscar una empatía que en realidad muestra un notable desprecio por la capacidad intelectual y por el talante moral de los oyentes. Son gente que piensa que, con determinadas invectivas, consigue que su público se entere y se divierta. Esto es

triste, pero es así. No creo que los políticos que hacen esto consideren que su público es respetable, porque ellos mismos no lo respetan.

Por tanto, y resumiendo, creo que la corrupción del debate político está unido al desprecio por el coeficiente intelectual y la moralidad de los que escuchan, a la desesperación o crispación que se produce cuando se comprueba la pérdida de confianza del electorado o a las limitaciones de recursos oratorios para ilustrar y hacer pedagogía sin insultar a los demás. Sin embargo, esto no es la madre de todas las corrupciones, como reza el subtítulo.

Por otro lado, -como también ha dicho Alberto Oliart antes-, se puede decir que la violencia del lenguaje tiene grados. Incluso no compartiendo estos modos y tonos, insultar sería, para mí, *meter la pata*. Es decir, sería una falta leve. Robar, por ejemplo, o ser cómplice de robo no es *meter la pata*, es *meter la mano* y eso es -para mí- una falta grave que tiene un castigo moral, político y, en algunos casos, penal.

Para concluir, creo que el tema del discurso político ha sido estudiado ya. Por ejemplo, Mario Pedro Díaz Barrado, profesor de Historia Contemporánea de Cáceres, hizo un estudio sobre el perfil y la secuencia del discurso político. En este trabajo, se muestran una serie de estrategias y regulaciones del discurso político (la sublimación, el favor, la desviación, el miedo, la culpabilidad, la represión, la expulsión, etc.) que se usan en franjas diferentes (altas, bajas, medias, duras) con consecuencias distintas.

Creo que el problema -la madre de todas las corrupciones- se centra en el proceso de oligarquización de la política. Ese proceso de oligarquización corroe a todos, aunque no de la misma manera ni en el mismo tiempo. La mayoría de los partidos políticos de nuestro ámbito geográfico son máquinas de participación democrática en períodos electorales, asentados sobre un aparato permanente y el carisma de un líder. Y este proceso de oligarquización es consecuencia de dos factores: la tecnificación y la mercantilización de la política. Una tecnificación que tiene dos caras: por una parte, esta necesaria complejidad ante las dificultades que plantean actualmente los problemas a resolver; por otra, no se puede tener una actitud primitiva ni intentar volver a formas políticas pasadas; la gestión exige hoy conocimientos, pero no hay que poner al experto en el puesto de mando, sino potenciar esos intelectuales colectivos que eran antes las fuerzas políticas, que permiten que los educadores y los dirigentes también seamos educados por los deseos y por las ilusiones de la gente. En cuanto a la mercantilización de la política, ésta tiene que ver con la forma de financiación que, a la vez, influye en las formas de actuación de los partidos políticos. El tema de la financiación de los partidos políticos no está resuelto. Es un asunto que es también objeto de procesos y condenas en otros países. Esta cuestión actúa también en el modo de corromper la actividad política y alejar el interés por la política de grandes sectores de la población.

La oligarquización, que implica tecnificación y mercantilización, es *la madre del cordero* de este debate sobre la corrupción.

Prof. D. Manuel Aragón Reyes

No voy a referirme al insulto o a la degradación del lenguaje político a través de las fórmulas ya expuestas aquí, sino que me referiré a la corrupción o degradación del lenguaje político que se puede verificar a través del falseamiento, es decir, de la mentira.

Uno de los problemas de legitimación -no digo que esté deslegitimada- que tiene hoy la clase política, y no sólo en España, reside en que el público en general, salvo los que van a ver el espectáculo en un mitin o los muy directamente encariñados con determinados líderes políticos, descrea del discurso que se pronuncia. Se ha extendido bastante en los últimos decenios, y no hablo sólo de España, la idea generalizada de que el político miente, de que el discurso político no dice la verdad, sino la mentira por principio. "Los programas electorales están para ser incumplidos", puede ser la frase que resume esta idea.

Ahí también existe corrupción. Y si es que existe, las consecuencias de esa corrupción serían peores, más nefastas y profundas que las consecuencias de la descalificación insultante de algunos mítines electorales. No quiero quitarle importancia, porque -como se ha dicho antes- muy poco respeto se tiene al público cuando se dicen esas cosas. Pero pienso que es peor porque se instala de manera más ordinaria; se tiene como algo aceptado, mientras que el insulto crea siempre un revulsivo. Parece aceptado que el político miente en su discurso.

Ilmo. Sr. D. Claro J. Fernández-Carnicero González

Quiero dar las gracias a la **Fundación Encuentro** por haberme invitado una vez más a participar en sus actividades.

De acuerdo con las normas establecidas, me voy a limitar a enunciar una breve lista con tres cuestiones generales relacionadas con el tema de este coloquio.

En primer lugar, como apunta el guión que se nos ha remitido, una de las rémoras que esterilizan todo debate público es su exceso de motividad y, consiguientemente, su escasa racionalidad. Tal vez porque, como apuntaba Alberto Oliart, la racionalidad es siempre un bien escaso.

Desgraciadamente, nuestros hábitos colectivos -y no es el caso analizar por qué- tienden a cultivar más la caricatura, que es superficial y casi siempre gratuita, de las personas que el análisis sosegado de los hechos. Somos más aficionados al espectáculo que a la reflexión.

En segundo lugar, la tolerancia, como virtud social, define un estilo ético -como ha descrito ya Víctor Ríos- que es esencial para que el debate público sea posible y real. Pero la tolerancia, citando a Locke y a Voltaire, implica siempre el respeto al otro o, como ha escrito el Prof. Ortega Carmona en su ensayo sobre el discurso político, comporta una cierta estima o valoración del rival. De esta forma, y si estamos de acuerdo en que la tolerancia tiene ese alcance, ésta no se puede confundir nunca con la mera permisividad que es fruto de la indiferencia y que casi siempre conduce al «todo vale». La indiferencia produce la pérdida del sentido de las

palabras que se usan o que se intercambian. En mi opinión, cuando las palabras pierden sentido se suelen producir dos efectos:

1. Que no tenga valor lo que se dice. Y esto conduce a la quiebra de la confianza, tanto en la vida jurídica, en la que desde el Derecho Romano las palabras son determinantes, como en la vida política.

2. Quien habla no se siente responsable de lo que dice, bien porque no ha medido el alcance de lo dicho o bien porque sus palabras han sido más un medio de provocación que de comunicación. En estos casos podemos hablar de monólogo, pero no de debate.

Cuando la libertad de expresión -recuerdo en este caso un artículo de Patxo Unzueta, de hace aproximadamente un mes, en El País- se ejercita con una auténtica voluntad de diálogo, no hay que tener miedo a las palabras. Pero tampoco hay que perderles el respeto.

En tercer lugar, la corrupción o la degradación del debate público es una consecuencia de la crisis del principio de publicidad. Esta crisis, que es consustancial al debate, se produce, entre otras causas, por la tiranía de los medios de comunicación que imponen la imagen. Como consecuencia de esto, se vacía de contenido el propio encuentro público: lo que importa es la imagen, no lo que se dice. La consecuencia es que, evidentemente, la merma se produce en uno de los principios capitales de todo régimen democrático: la articulación de la opinión pública. No hay democracia sin opinión pública.

Excmo. Sr. D. Eduardo de Zulueta y Dato

Siempre me parece una osadía hablar ante tan docta asamblea, pero por eso quizá voy a hacer un pequeño paréntesis para volar más bajo.

Intentaré centrarme en el guión que nos han distribuido para tratar de distinguir si la corrupción tiene unas características típicamente españolas o es un fenómeno general de todo sistema democrático. Recordemos que el sistema democrático es el menos malo de los sistemas políticos conocidos. Como dijo algún político -creo que fue Churchill-, prefiero cualquier Cámara a la mejor Antecámara.

¿Cuáles podrían ser las características propias de la corrupción de nuestro debate político? Nuestra democracia ha nacido tras cuarenta años de régimen totalitario, en el que el poder es forzosamente carismático, providencial; la oposición es corrupción y el corruptor es enemigo de la paz y del orden justo. Con el tiempo, estas características se han difuminado, pero se aprecia que todavía buscamos al líder carismático. Cuando ese líder carismático pierde la popularidad electoral resulta inservible, se le arrincona, está casi condenado. También, muchas veces consideramos a la oposición como una adversaria.

Las demás características son generales de toda democracia occidental. Es decir, el diálogo político no existe realmente. El discurso electoralista es forzosamente simplista; se basa en eslóganes que apelan al sentimiento más que a la razón. Se tiende a que el debate político

se transforme en un gran espectáculo televisivo, en el que se organizan debates orquestados al minuto, donde la apariencia de los políticos predomina sobre cualquier cosa.

Esto no es un mal en sí. Todo el mundo acepta este juego, porque, en realidad, no se miente ni se oculta la verdad. Pero resulta muy difícil tratar de transmitir la cada vez mayor complejidad de los problemas políticos de nuestro mundo actual. Los políticos de los países occidentales deciden cada vez menos, porque las decisiones se toman en grandes instancias financieras, económicas, internacionales, etc., y es difícil explicar esta situación al electorado.

Por otra parte, el electorado es cada vez más maduro. No pide la salvación a los políticos. No cree en los Reyes Magos. No creo que haya un divorcio, sino que hay una madurez por parte del electorado, que admite ese juego. Yo he estado varios años en Estados Unidos, he vivido tres elecciones presidenciales y es maravilloso ver como cada cuatro años se renueva la esperanza, se observan las tendencias y las opiniones del electorado; pero el país está vertebrado por unos poderes que están ahí y que son inamovibles. Esta situación es cada vez más evidente en las democracias occidentales.

Sr. D. Justino Sinova

En primer lugar, tengo que manifestar mi acuerdo con prácticamente todo lo que ha dicho Alberto Oliart. Quería simplemente subrayar dos importantes muestras de la corrupción del debate político en la actualidad -ya parte de lo que voy a decir ha sido expuesto por el Prof. Aragón-.

En primer lugar, aunque no más importante, la sustitución del consenso por la confrontación. Se ha perdido una gran parte de la cultura de la transición. Se ha olvidado la fórmula del consenso, que fue uno de los grandes hallazgos de la transición. Actualmente, no se trata de buscar el acuerdo, sino la confrontación. Se utiliza la agresión. Y esto es un ejemplo nefasto para la sociedad.

En segundo lugar, una característica que me parece más importante y turbadora, la utilización de la mentira -como decía el Prof. Aragón-. En el debate político español se miente mucho; o mejor dicho, algunos mienten mucho. Y lo que es peor, mienten ya sin miedo a la responsabilidad o a las consecuencias que puede tener la utilización de la mentira en el debate político. Y esto se produce porque no hay una capacidad de reacción de los ciudadanos frente a los políticos mentirosos. En España, no se le pasa factura al político mentiroso. Ese es un aspecto en el que la sociedad española tiene que madurar. No se puede permitir durante mucho tiempo la mentira sin respuesta, porque es una grave perturbación del debate político y de la convivencia. Ese eslogan -que también citaba el Prof. Aragón- de que «las promesas políticas se hacen para no cumplirlas» es una de las grandes muestras de cinismo político y uno de los lemas que más ha perjudicado al debate político, porque no sólo se utiliza y se argumenta con él continuamente, sino que además se practica. Pero estamos acostumbrados a escuchar «me enteré por los periódicos», «resucita la derecha franquista», o «todos los de determinado partido son corruptos». En estos momentos, la mentira es uno de los principales riesgos que tiene esta sociedad, porque es un peligro para la salud del sistema.

Me gustaría escuchar alguna opinión de los aquí presentes, del mundo de la política o del mundo del pensamiento, sobre este tema, porque una de las urgencias sociales de este momento es la regeneración específica en este terreno: acabar con la mentira y con los mentirosos y pasar factura a éstos.

Ilmo. Sr. D. Javier de Quinto

Me sumo al agradecimiento a D. José M^a Martín Patino por esta invitación. También quería elogiar estos debates por su continuidad y por su organización.

Intentaré forzar una visión conscientemente sesgada de este panorama, dada mi condición de economista.

En el guión que se nos ha dado y en el debate que estamos teniendo, hay una asunción inconsciente de que los políticos influyen, conforman y educan a la sociedad. Esto no es así. No sé que son los políticos, porque no puedo definir el concepto, pero, quizá también inconscientemente, entendemos que son aquellas personas que se someten periódicamente al electorado. Hoy día, la sociedad es muy completa y política, en cualquier sentido; no sólo la hacen los políticos sino que la están haciendo otros sectores.

Actualmente, existe una dialéctica entre políticos y política y sociedad, pero lo que es determinante en última instancia es la sociedad que tenemos. La sociedad está cada vez más influida por los medios de comunicación. Tiene una serie de valores (maniqueos, individualistas), pero se observa una cultura de la linealidad, un cartesianismo lineal. Las cosas son complejas, pero hay una simplicidad de juicios ante temas que son necesariamente políticos y cada vez más complejos y más técnicos.

Todo esto hace que los políticos, tanto los que buscan el voto como los que están haciendo política desde otros ámbitos, se enfrenten a un mercado, que es la sociedad, luchan por esa cuota de mercado y cada vez sean mejores profesionales y lo estén haciendo mejor. En otras palabras, si actualmente hay crispación, espectáculo, etc., de alguna forma, esto es lo que la sociedad está demandando de nuestros políticos.

Los aquí presentes somos probablemente una muestra representativa del mapa político español, pero no lo somos de la sociedad española, tanto por estructura, sexo, edad, formación o nivel cultural. A la sociedad española se le está dando lo que quiere. De la misma forma que hoy día se está haciendo una determinada televisión, radio o cine y lo que cuenta para la supervivencia de estos medios es la audiencia, también hay una determinada forma de vender las opciones políticas, a través de la crispación, de mofarse del adversario, etc.

La gente exige espectáculo y no da importancia a la calidad. Además, influyen mucho los medios de comunicación y las personas que hacen política desde fuera de la política, porque contribuyen a toda esta confusión. Hay ejemplos de esto todos los días. Las buenas noticias no son noticia. Por ejemplo, que la cotización de la peseta esté en niveles previos a la devaluación pasa desapercibido; no tiene importancia que la Bolsa vaya bien o que el Ministro de

Industria haya intervenido con gran éxito en la Universidad Autónoma, plaza muy difícil para algunos políticos.

Visto todo esto, también es cierto que la libertad de mercado tiene unos límites y posiblemente desde determinadas minorías se puede presionar o intentar consensuar para que haya unas determinadas reglas de juego en este mercado de la política. Hay ejemplos previos. Por ejemplo, recientemente en el Reino Unido se hicieron unas recomendaciones éticas realizadas por la Comisión Nolland*, presidida por el juez Michael Nolland*. Es posible que se pueda regular en España algún tipo de reglas de juego en el mundo de la política para que haya un mínimo de formas. Esto es factible en los tiempos de neopuritanismo que estamos viviendo en general. Posiblemente la sociedad pueda interiorizar estas nuevas normas éticas o de comportamiento político. Pero, no soy muy optimista en este sentido, porque ¿quién juzgaría esto?, ¿quién sería el juez? Lógicamente, los medios de comunicación y, luego, el electorado con su voto. En este momento, lo peor que nos puede pasar en este país es dar más poder a estos agentes que están haciendo política desde fuera de la política, con una cierta impunidad y sin someterse a la soberanía popular.

Excmo. Sr. D. Pablo Lucas Verdú

Creo que el tema podría centrarse más. He aprendido mucho de lo que han dicho los anteriores intervinientes, pero creo que se ha cargado el acento en la degradación del lenguaje, en la grosería, etc. Creo que esto se ha hecho intencionadamente y no es que sean groseros todos los que emiten esos juicios, sino que los utilizan para impresionar a ciertos sectores de la masa social. Habría que ver si tiene esos efectos favorables en los conductores o agitadores de la masa.

En el guión que se nos ha remitido -que está muy bien hecho- se da por sobreentendido el término «corrupción». Es una posición aceptable, pero tal vez hubiera convenido decir algo sobre esto. Además, siento una enorme curiosidad cuando leo «corrupción». ¿Por qué se pone corrupción entre comillas?, ¿por qué se tiene cierta sospecha o cautela de que pueda molestar a alguien? Me gustaría que se explicase esto, por curiosidad, no es que sea una cosa decisiva. Por otra lado, como subtítulo se dice «madre de todas las corrupciones». Pienso que es al revés: la corrupción política es la madre de todas las corrupciones, porque creer que la madre de todas las corrupciones es el debate político quiere decir que es la madre de la posible corrupción de la clase política, de algunos jueces, de algunos medios de comunicación, etc.

Sr. D. José M^a Martín Patino

Las comillas, indudablemente, están puestas con ese sentido, con la intención de discutir si existía o no corrupción, si existía desnaturalización o degeneración. También con el deseo de recordar que existen otras corrupciones.

Sr. D. Manuel Zaguirre Cano

Confieso que al ver los primeros párrafos del guión, singularmente el título de este debate, lo que me vino a la mente fue aquel juicio donde se condenó al acusado a la navaja porque no había pruebas.

Más allá de esta desafortunada broma, quiero decir que es difícil catalogar o calificar el debate como tal. Es evidente que vivimos un momento sostenido y extenso de confrontación política muy fuerte en nuestro país. Algunos de los que forman esta mesa somos parte protagonista de esta situación. Quisiera referirme a algunas de las causas que han dado lugar a este momento enormemente caliente que preside el debate político, en un contexto más amplio de deterioro, de indicios muy preocupantes de quiebra de la credibilidad del hecho o gestión política en sí. Así, quiero ampliar el marco de este debate, no sólo en el entorno de esta mesa, sino intentando pensar también en el punto de vista de la gente de a pie si tuviera la oportunidad y el privilegio que yo tengo de poder expresarme aquí.

Como causas más próximas mostraré tres o cuatro sólo, sabiendo que algunas van a ser reiterativas:

1. Se ha creado una esquizofrenia estratégica y deliberada -como nosotros hemos denominado- en esta última etapa de la vida política nacional. El poder se ha obtenido legítimamente en clave socialdemócrata y se ha ejercido en clave neoliberal. Singularmente en lo que afecta al espacio socioeconómico. Y esto tiene que ver, como hechos causales, con lo que está pasando.

2. Ha habido prepotencia en abundancia. Constatar esto no creo que entrañe descalificación o pérdida de moderación alguna. El que les habla, doctorado en minorías, en esta etapa que comento, ha escuchado -no voy a personalizar- en el ámbito del Ministerio de Trabajo a altísimos cargos -muchos de ellos grandes amigos en la época de los malos tiempos, cuando había que construir desde cero-, sin perder la sonrisa, como decían, y siempre era el mismo discurso, «no os empeñéis; tranquilízate Manolo; no molestes más con el Tribunal Constitucional; vamos a por vosotros y de ésta no salís». Ha habido prepotencia, sin necesidad de detallar, cuantificar o especificar más estos comentarios. No hace falta recurrir a ningún tipo de argucia sociológica, analítica en abstracto.

3. Ha habido corrupción, con la percepción que eso supone.

Esos fenómenos, resumen de una realidad mucho más amplia y diversa, han tenido una especie de malla de seguridad. Han sido básicamente posibles o han tenido su desarrollo en este fundamento que suponía la mayoría absoluta. No sorprende el hecho de que desde el momento en que esa mayoría absoluta se pierde, esto sea un río desbocado en muchos aspectos. La crispación del debate político tiene, evidentemente, un punto de inflexión muy claro en 1993 y no es por casualidad, capricho o por factores aleatorios.

No sólo en nuestro país, sino en prácticamente toda el área de lo que llamamos los países del Primer Mundo o países industrializados, lo que conocemos comúnmente como política está impregnada, cuando no constreñida, en los estrictos valores del mercado -ya antes algunos otros intervinientes han insistido mejor que yo en esto, pero no quiero dejar de señalarlo-.

Sabemos -y aquí se ha dicho- que el mercado supone en sí mismo el riesgo de una cierta inversión de la relación entre fines y medios; muchas veces esta inversión está en función de objetivos, éxitos o planes en abstracto, difíciles de evaluar en cuanto su utilidad real o humana. Sin embargo, el mercado es una realidad con una vigencia y una fuerza que nadie puede discutir; otra cosa es su función histórica o su capacidad de generar «felicidad». La política en los países industrializados está impregnada de estos valores. Y esto es muy peligroso porque se corre el riesgo de hacer de la obtención legítima y democrática del poder una finalidad en sí misma. En definitiva, esto supone inevitablemente procesos muy peligrosos de desorden y de inversión de valores lógicos. La percepción de esa mercantilización del hecho político ha producido un evidente vaciamiento de los supuestos mínimos que identifican y dignifican la vida política. El imperativo del bien común o de los intereses generales, la percepción y la preferencia de los más desfavorecidos es una componente mínima o básica en el mercado.

No sé si a ustedes también, pero al que les habla le aterra cada vez más esa especie de complejidad con la que manejamos el concepto de la «Constitución florero» en nuestro país. Es decir, cuando nos apoyamos en la Constitución, sea como hecho recurrente, sea en el mitin o en el debate socio-político, aunque sea legítimo, siempre hay un interlocutor que se extraña y dice que es un texto que está ahí y que el concepto de «Constitución florero» carece en absoluto de valores. Aunque esto es difícilmente medible y expresable, este hecho está relacionado con el perfil del país y de la sociedad resultante, especialmente con el perfil socioeconómico, y presenta muchos aspectos casi antitéticos con los mandatos y con imperativos constitucionales. Este es un dato clave que estaría en la base de la crispación o encanallamiento del debate o confrontación política.

Debemos lograr excluir radicalmente de nuestro lenguaje coloquial el concepto de clase política -no sé quién ni cuándo lo acuñó- para utilizar los conceptos que más se acomodan a lo que debiera ser servicio público de ideas, valores, proyectos colectivos, etc., basados en la buena fe y propuestos desde la tolerancia y el pluralismo. La exclusión radical del concepto de clase política, siquiera en el nivel coloquial, con lo que connota, sería una manera de hablar y pensar en otra perspectiva y sobre otros supuestos de fondo.

Ilma. Sra. D^a Ana María García Armendáriz

Quiero hacer un mínimo apunte sobre el falseamiento, más o menos sutil o burdo, de los mensajes y del debate.

Una de las cosas más graves de ese falseamiento es que se está abusando del escaso conocimiento de la realidad que tiene el pueblo. Se está nublando la realidad y no se presenta la naturaleza de los problemas reales. Y esto es muy grave porque no provoca participación ni corresponsabilidad por parte de la gente. Al falsear el mensaje se está matando la esencia de la democracia y la madurez política de todo el pueblo, porque se evita la corresponsabilidad antes citada.

En el fondo, esta situación se produce porque la sociedad española es muy poco exigente con los políticos, el propio político es muy poco riguroso consigo mismo y los partidos son muy tolerantes con sus políticos. En realidad, lo que se esconde detrás de esto es una escasa

formación en la gente que está en la política. Y todo esto está exigiendo un cambio de forma de entender la política, no como puro instrumento de poder sino con una inspiración ética y de servicio. Ésa sería la madre de las corrupciones.

Excmo. Sr. D. Joaquim Ferrer i Roca

A pesar de que el tema se nos ha propuesto como «La "corrupción" del debate político», tras leer los comentarios del guión, creo que sería más concreto referirnos a la «intolerancia» en el debate político.

Alberto Oliart ha dicho que nuestro pasado no determina nuestro presente, pero lo influye. Eduardo de Zulueta decía que nuestra democracia ha nacido después de cuarenta años de dictadura. En realidad, todos sabemos que no ha nacido después de cuarenta años de dictadura, sino que ha nacido después de siglos de intolerancia. La situación actual era previsible en determinados comportamientos políticos y en determinados estilos de los medios de comunicación, porque es la cristalización de una tradición -insisto- forjada en siglos de intolerancia. Repásese mentalmente cuál era la fórmula política imperante en España a lo largo de los siglos XVIII, XIX y gran parte del XX: la represión política.

Quiero contarles una anécdota que me sucedió hace unos meses cuando nos trasladábamos en el puente aéreo hacia Madrid para asistir a una sesión parlamentaria. En aquel momento comentamos y llegamos a la conclusión de que quizá nosotros fuésemos los primeros, en muchas generaciones, que no tuviéramos que morir en el exilio, a pesar de las ideas que teníamos. Ésta es la herencia a la cual nos enfrentamos.

Por consiguiente, la intolerancia -que es una característica preocupante del actual debate político en España- no es un enemigo desconocido ni sorprendente; es exactamente el adversario.

A finales del mes de septiembre del año pasado se produjo en el Senado el primer Debate sobre el Estado de las Autonomías. En este debate, por primera vez, se pudieron utilizar todas las lenguas que son oficiales en el Estado. El debate se desarrolló con la satisfacción de todos los intervinientes. Pero, a la mañana siguiente, un importante periódico madrileño publicaba una portada que en otras épocas se llamaba «de pronunciamiento». Es muy interesante saber que, como era previsible, la tradición de la represión política existe todavía, pero que ya no funciona. Tras una página de aquellas, en otras épocas, se producía un cambio político y no por vía democrática. Debemos ser conscientes de que esa tendencia existe aún como la lógica herencia de tantos siglos de intolerancia, pero que ya no funciona.

Por consiguiente, esto nos lleva a una posición de optimismo lúcido, en el sentido de aprovechar a fondo esta oportunidad. La intolerancia en el debate político está viva y coleando, pero también es cierto que los recursos de represión política ya no funcionan. Si somos capaces de reafirmar el compromiso de convivir en democracia, podemos llegar a consolidar y romper, a finales del siglo XX, con una importante tradición política de intolerancia.

Excmo. Sr. D. Óscar Alzaga Villaamil

Tengo pocas cosas y de poca importancia que decir, pero tengo a mi izquierda geográfica a Virgilio Zapatero que me ha dicho hace un momento que si pedíamos la palabra, creí que utilizaba el «nos» episcopal y vi que escribía dos tarjetas, una con su nombre y otra con el mío. Así que intervengo con menos cosas que decir sobre la materia que Virgilio Zapatero, como en breve se comprobará. No obstante, intentaré exponer esas pocas cosas que tengo que decir.

El problema que estamos tratando hoy es una cuestión ya vieja en la vida política española -y no sólo española- que se remonta a tiempos anteriores a la Guerra Civil o a la Segunda República, como parece deducirse de algún análisis brillante que hemos escuchado. Recordaba, oyendo intervenciones anteriores, que hace muchos años leí las memorias del Conde de Romanones, quien daba algunos consejos sobre cómo intervenir en un mitin. Decía que era importante enterarse, para empezar, si en el pueblo tenía un especial prestigio el párroco; si no lo tenía, se le debía atacar duro y directo -se refería al auditorio liberal de Guadalajara que le estaba esperando-. Decía que, por lo general, surte magníficos efectos y se obtienen grandes aplausos. Recomendaba también no meterse en argumentaciones o racionios completos que el auditorio no entendía ni respaldaba y dedicar una serie de chistes de brocha gorda al adversario que serían ampliamente respaldados por el aplauso de la concurrencia.

Y dicho sea entre paréntesis, el mitin que se práctica en estos momentos en España es un mal y anticuado género literario, que se presta a la deformación natural de un tipo de debate en el que se apela a lo más visceral de la persona y no a su racionio.

Francesc Cambó definía ya la política como la lucha que mantienen unos para conseguir el poder y que desarrollan otros que lo han conseguido para mantenerlo. No está claro que, en principio, la posibilidad de incurrir en excesos por parte del que aspira al poder sea mayor o menor que la posibilidad de incurrir en excesos por parte de quien tiene el poder y está empeñado en conservarlo, atornillándose a la butaca para que no se le despegue de la misma ni con agua caliente. Y si vemos la política como una lucha, nos encontramos con que la posibilidad de una inclinación de la misma hacia la dialéctica amigo-enemigo, hacia la comprensión de todos los errores o abusos del amigo y hacia la proclividad a emplear cualquier tipo de armas contra el enemigo es algo natural.

Dentro de la contienda política, es importante analizar los límites de ésta: cuáles son las armas lícitas, cuáles las ilícitas y cuál es el marco en el que se debe desenvolver. Y ese es un problema fundamentalmente moral, porque el derecho no ha acabado de dar una respuesta clara a ese tema. A lo largo de los siglos, los juristas han sido capaces de construir mecanismos de contrapoder entre las instituciones y entre los poderes; pero la lucha política propiamente dicha, que tiene como actores a los partidos, es algo que se desarrolla prácticamente sin límites jurídicos. Los que conocen la jurisprudencia del Tribunal Constitucional, observan que la libertad de expresión, cuando es practicada por un político contra otro, es ilimitada en cuanto al derecho a la imagen, a la intimidad, etc.

Probablemente, aparte del punto de vista moral, hay un límite que proviene de la rentabilidad del empleo de ciertas armas o de la actitud de receptividad, positiva o negativa, del electorado frente a ciertos excesos. Esa rentabilidad electoral es una incógnita. En términos de prestigio, determinados excesos tienen un coste infinito no sólo para los políticos, que

individualmente incurren en determinados excesos, sino desgraciadamente para el conjunto de la clase política -para la que Manuel Zaguirre está buscando un sinónimo-. Los más interesados en dar una salida a este punto y evitar ciertas situaciones son los propios políticos, probablemente los más preparados y conscientes del daño que ellos reciben en cuanto sujetos pasivos de la situación.

Entre las intervenciones que he escuchado, me interesó mucho la intervención de Eduardo Sotillos, porque estoy muy de acuerdo con el análisis que él finamente hacía de la interacción que se produce entre los actores políticos y los medios de comunicación y la forma en que tienen eco ciertos planteamientos radicalizados. Sin embargo, creo que muchos medios de comunicación -a los que no hago responsable de nada, sólo me refiero a una situación objetiva- entran en una dinámica en función de la cual cada vez es mayor el proceso de simplificación de la lucha política, unas veces por esa demanda del titular -todo el que ha intervenido en una rueda de prensa política sabe que corre el riesgo, al terminar, de que los periodistas le digan que no ha dado ningún titular, que es tanto como decir que han perdido el tiempo y equivale a que no has dicho ninguna machada-; otras, por el papel que juega la televisión, no sólo por la criticada superficialidad de la imagen sobre las ideas, sino por la forma en que se ha institucionalizado el cómo la televisión sirve de medio a la contienda política mediante una información enormemente breve. Cualquiera que haya sido parlamentario sabe que un cámara de televisión se le acerca y le dice que opine sobre un proyecto de ley en un minuto o dos; el que es moderado, si está en la oposición, lanza un dardo contra el proyecto de ley y el que no es tan moderado lanza un obús por debajo de la línea de flotación al proyecto de ley. Esto es todo lo que se puede hacer en un minuto.

Con independencia del problema de formación de la ciudadanía y de la interacción que esto conlleva, porque se le facilita y acostumbra a la ciudadanía a un tipo de espectáculo político que luego demanda, no basta con quejarnos y hay que apuntar soluciones.

Tengo la impresión de que una de las claves está en la búsqueda, en un momento determinado, de un pacto que se tendrá que producir en la cúspide, entre los máximos representantes de los más importantes partidos políticos que tiene que incluir un cambio sobre cómo se establece la relación con ciertos medios de comunicación y especialmente con la televisión.

Para no extenderme, plantearía una idea muy modesta sobre la mesa. En la época de UCD -y aunque en este momento no está de moda criticar nada de lo que pasó en la época de UCD, pero como yo pertencí a ese partido me permito hacer algún apunte-, se cometió un grave error en la forma en que se limitó la cancha a los partidos de la oposición en la televisión pública. Durante la época de UCD se preponderaron las experiencias y los esquemas de personas que habían gestionado la televisión pública en el sistema anterior y que consideraban importante mantener en régimen de secano a la oposición en cuanto al acceso a la televisión. Éste fue un grave error porque los debates televisivos en directo entre los líderes políticos sobre los problemas nacionales son la única forma, sin manipulación de los medios, en que se puede plantear ante la opinión pública cuáles son las visiones del problema y las terapias que se preconizan para estos problemas por las diversas fuerzas políticas. En la época de UCD acostumbramos a la ciudadanía a que no vieran debates televisivos en directo, porque no había. Sólo había unas píldoras televisivas sobre los posicionamientos de las distintas opciones. En la última campaña electoral, los debates de una hora de duración celebrados entre Felipe González y José M^a Aznar o José Luis Corcuera y José M^a Ruiz -Gallardón, etc., despertaron un interés y

un importante seguimiento ciudadano. Ese tipo de debates no utilizan el insulto ni la simplificación excesiva porque hay tiempo para poder plantear el tema, contestarlo, replicarlo y profundizar en él, dentro de los límites en que se puede ahondar sobre los temas complejos de finales del siglo XX en una hora de debate televisivo. Nuestra Constitución es, como todas las Constituciones europeas, un instrumento que responde a esquemas liberales ya sobrepasados; por lo tanto, es necesario implantar unos usos constitucionales complementarios sobre la contienda política.

Acertadamente la **Fundación Encuentro** ha llamado la atención sobre este problema, porque hay mucho que hacer. Una de las medicinas que apuntaría es la revisión del papel que le corresponde a la televisión del siglo XX en el debate político. Puede ser una función constructiva y diferente de la que actualmente se practica. Posiblemente, este papel haría innecesario los mítines y las ruedas de prensa en que se vierten determinadas acusaciones y, al mismo tiempo, modernizaría el debate. La política, como toda obra humana, está en manos de hombres y mujeres, con sus virtudes y sus defectos. Es fundamental reclutar para la política a personas que tengan una visión de servicio a la sociedad por encima de otras consideraciones y una percepción honda y coherente de la convivencia y de los derechos del discrepante, del otro.

Excmo. Sr. D. Virgilio Zapatero

Han comprobado que tenía razones fundadas para solicitar la intervención del Prof. Óscar Alzaga. Yo únicamente voy a añadir algunas ideas generales, que no son solamente aplicables al lenguaje o a la corrupción del lenguaje político en España, sino a toda la vida pública de todas las democracias de nuestro entorno cultural.

Todos hablamos de política, tanto políticos como ciudadanos. Pero, cuando hablamos de la corrupción del lenguaje político hacemos alusión a un determinado tipo de ciudadanos, es decir, a los que viven profesionalmente de la política. Por consiguiente, nos estamos refiriendo al lenguaje de los políticos profesionales, en sentido positivo. Cuando hablan los políticos de política no se trata sólo de un debate de ideas, también se produce una legítima pugna por el poder. Y el lenguaje utilizado para conseguir votos es aquel que convence, el emotivo y no tanto el de las ideas brillantes y difíciles de comprender en ocasiones. En esta pugna por el poder, cuando se utiliza este tipo de lenguaje muy cargado de contenidos y formas emotivas, se sobrepasan algunos límites, lo que molesta a todos los ciudadanos. Las palabras gruesas, las salidas de tono, los insultos, las descalificaciones, etc., son instrumentos que se utilizan normalmente en la vida pública.

Una universidad norteamericana hizo un experimento para tratar de averiguar el cociente intelectual estereotipado de cualquier discurso. Así, contaron el número de palabras de una intervención pública, descartando lo que eran insultos, descalificaciones, etc., y a través de la relación entre las palabras ociosas y las palabras con contenido obtuvieron el cociente intelectual estereotipado. Y es cierto que en los discursos políticos hay un exceso de palabras ociosas, innecesarias, insultos y descalificaciones en muchas ocasiones.

¿Por qué los políticos utilizan este tipo de artillería lingüística?

En primer lugar, y la razón que más me preocupa, es que pervive todavía en nuestra querida España algo de la dialéctica del amigo-enemigo. No hay, como señala el guión, una comunidad ideal de personas que debaten en torno a ideas o proyectos, sino que hay una descalificación total, un no reconocimiento del adversario. Y esto es una prueba -como ha indicado brillantemente el senador Ferrer- de que todavía late un gran poso de intolerancia, porque no vemos al otro como portador de legítimas aspiraciones o ideas sino como un auténtico enemigo. También está relacionado con una tradición no siempre brillante en nuestro país. De ahí que sea muy habitual utilizar la Ética como auténtica estaca o garrote en el debate político -lo contrario de lo que representa la Ética-. Cuando un hombre público utiliza la ética es normalmente es para destrozar al otro. A Kant se le pondrían los pelos de punto ante esto. Todavía late la intolerancia en nuestro país, tal vez por nuestra historia amarga en ocasiones que ha dividido a los españoles y que, desgraciadamente, pervive en algunas mentalidades.

En segundo lugar, el escaso margen de maniobra de los partidos políticos está unido a una falta de ideas. Y esto se arregla hablando con brochazos. La televisión y los medios de comunicación condicionan mucho. Efectivamente, en un minuto hay que opinar sobre toda la política monetaria o antidroga del gobierno o de la oposición. Y un minuto no es suficiente para expresar una idea; como máximo, lo que se hace es lanzar eslóganes. Estamos dominados, en parte, por este condicionante de los medios de comunicación.

En tercer lugar, señalaría la rentabilidad política. Hay políticos que encuentran rentable elevar el tono y utilizar el insulto. Recuerdo un político francés que me decía: "Convéncete, lo único que tienes que hacer para salir en la prensa es meter goles en tu propia portería o elevar el tono". Y meter goles en la propia portería no es siempre adecuado, por consiguiente, a algunos solamente les queda elevar el tono para obtener unos titulares sustanciosos. Si no se hace así, puede que una idea importante pase sin pena ni gloria.

Éstas son algunas de las razones. Sin embargo, no creo que la mentira sea una de las razones de la corrupción del debate político, porque no se puede utilizar sin matizaciones el término mentira. Los políticos no mienten normalmente, porque la mentira tiene un coste. Y muchos no mienten porque éticamente les repugna la mentira. Sin embargo, es verdad que el lenguaje político está lleno de ambigüedades. Cuando se dice que los programas electorales se incumplen, se debe ser consciente de que éstos no están formados por compromisos que permiten una doble lectura, porque ningún partido político puede prever como va a evolucionar la situación económica, social o política del país dentro de una economía internacionalizada. Por eso, recurren a la ambigüedad. El lenguaje político no se caracteriza por la mentira, sino por la ambigüedad. ¿Esto es corrupción? En todo caso, es otro tipo de corrupción, aunque no me atrevería a llamarlo así y buscaría otra denominación.

No me arriesgaría a dar ninguna solución. Óscar Alzaga ha propuesto una con la que estoy totalmente de acuerdo: el debate directo, cara a cara, evita muchas de las afirmaciones que se dicen solamente en el calor de un mitin en un pueblo apartado cuando el otro no puede responder. Esto sería una buena estrategia que sería aplicable a una reflexión global sobre el papel de los medios de comunicación en nuestro sistema democrático. Sería un debate sobre los mensajeros, no sólo de los mensajes. Pero mucho me temo que esto no se resuelva -puede que se vislumbren mis enseñanzas krausistas o institucionistas- porque es un problema de educación de nuestra sociedad. Por consiguiente, podemos mejorarlo tal vez, pero tiene que pasar un cierto tiempo para que los intolerantes desaparezcan de la vida pública de nuestro país y sea políticamente no rentable o tenga un coste el utilizar el insulto y la palabra gruesa. Todavía hoy -

y estoy pensando en algún candidato de ámbito municipal-, la artillería gruesa tiene un beneficio para determinadas personas. Mientras esto ocurra va a ser difícil combatirlo con moralismo y sí con educación y con formación.

Prof. D. Alfredo Hernández Sánchez

La democracia es un sistema imperfecto, pero es perfeccionable. Y una de esas imperfecciones sería la corrupción política.

Personalmente, no me preocupa mucho el uso del lenguaje porque es una consecuencia de otros factores que están interviniendo en la política en estos momentos. El gran problema de la corrupción es la falta de credibilidad o deslegitimación del sistema. Y esto se produce porque los electores, que en última instancia son la base de la democracia, no tienen elementos funcionales para poder luchar contra los sistemas de corrupción, en el sentido estricto de la expresión. La base de esa corrupción política está en el incumplimiento de programa, es decir, en el falseamiento del voto, en el hecho de que el ciudadano pueda sentirse frustrado o manipulado, etc. El pueblo es considerado como menor de edad y, por lo tanto, no se le dan todas las explicaciones necesarias porque no lo entiende, porque no son necesarias o porque quitan votos. No se plantean las cosas con la máxima honradez.

Y cuando los electores consideran que ha habido un engaño, un falseamiento, una mentira o no les haya gustado el lenguaje utilizado por su forma brusca o grosera, deben tener mecanismos para poder expresarse. En estos momentos, se me ocurre que una solución sería plantear las listas abiertas como mecanismo de control, no de la política, sino de algunos políticos que están deslegitimando la política. También habría que plantearse el corporativismo de los propios políticos, la propia circulación de las élites en esos partidos políticos, etc.

Todo esto nos lleva a una revisión de nuestro sistema democrático. Como ya he dicho, es un sistema imperfecto, pero perfeccionable. Debemos plantearnos la credibilidad del propio sistema, que se gana día a día, y tener mecanismos para luchar y legitimar el propio sistema.

Sr. D. Esteban Ibarra

Me gustaría aportar una reflexión desde una perspectiva popular y desde una lógica de los movimientos sociales.

La sensación popular generalizada es que más que debate político lo que hay es combate político. Se piensa generalizadamente que los partidos políticos preparan sus estrategias más para vencer que para convencer. Estamos instalados en una práctica reduccionista, donde unos van contra otros, donde hay que apuntarse a un equipo. Y esto es un hábito futbolístico o taurino, pero no una práctica seria de formación de voluntades democráticas. Esta paradoja produce fenómenos como el que presidentes de clubes de fútbol tengan éxitos electorales.

Todo está justificado en ese debate político. Hay una máxima común en todos los actores: «todo para el pueblo, pero sin el pueblo».

Aunque la mentira y el insulto es algo muy grave, esto no pasaría de ser una anécdota desagradable en una sociedad que tuviera unas profundas raíces democráticas. Aquí se ha hablado de la libertad de los políticos, de los periodistas, etc., pero quizá habría que preguntarse, más que por la responsabilidad de las personas, por ciertas lógicas que impulsan este tipo de comportamientos. Una de ellas es la de los partidos políticos, cuyo objetivo esencial es la gestión del poder. Pero, ¿no deberían ser auténticos cauces de participación de la ciudadanía? Creo que los partidos políticos no se preparan para esto. Entre coyuntura electoral y coyuntura electoral, ¿dónde están los partidos políticos en el debate ciudadano? Otra lógica es la de los medios de comunicación. La batalla por las audiencias estimula y propicia el combate pugilístico y espectacular entre los contendientes políticos. Y esto limita el papel educativo y cívico de los propios medios de comunicación. Una tercera lógica es la del propio modelo elitista de la democracia que reduce la única posibilidad real de participación ciudadana al momento estricto del voto. Estas tres lógicas tienen algo en común: limitan la participación y configuran una situación de comunicación no auténtica. Los ciudadanos se sienten electores, espectadores y difícilmente copartícipes.

Pero, lo más grave es lo que acarrea y los peligros que conlleva, como desencanto, descrédito o cansancio de la democracia debido a los insultos. Además, hay que añadir la desmovilización de los demócratas profundos, que están cansados de construir un proyecto que hace aguas. Y esto alimenta un estado social preocupante. Recuerdo una encuesta amplia de Vox Pública, de finales de año, donde el 57% de los ciudadanos identificaba el sistema de partidos políticos con corrupción y el 60% desconfiaba de la honestidad de los políticos. Lo más probable es que estén equivocados -yo creo que están equivocados- pero son hechos que están en la calle. Y esto puede dar lugar a que florezca un discurso autoritario, recordemos el caso de Le Pen en Francia, o lo que se denomina en nuestro país «la trilogía ultra», que resume sus postulados en cosas tan sencillas como que la democracia es corrupción, que está en peligro la unidad nacional o que nos invaden los extranjeros.

¿Cómo intervenir? Hay que democratizar la democracia. Éste es el gran reto ante una crisis de proyecto. Hay una necesidad de educar, sobre todo a los más jóvenes, para la democracia. Debemos crear espacios reales de participación ciudadana. Somos lo que hacemos. Y si queremos ser demócratas, tenemos que hacer democracia. Además, hay que acercar la democracia real al ideal democrático. Y este es un nuevo reto para los partidos políticos, las organizaciones ciudadanas, sindicales o sociales. Pero, ¿qué es acercar la democracia al ideal democrático? Habrá que replantearse ese paradigma de la democracia, no sólo en términos de gobierno, sino en la búsqueda de una sociedad que ofrezca realmente los medios materiales, políticos, económicos, sociales y culturales para que una persona se pueda desarrollar libremente en todos sus aspectos y donde la participación sea entendida como causa, efecto y atributo de la democracia.

Excmo. Sr. D. José M^a Mohedano Fuertes

Deliberadamente no voy a insistir en algunas de las observaciones o de las causas que se han señalado como punto de partida de la corrupción del debate político. Hay

algunas que son viejas, por ejemplo, la que se señalaba sobre los consejos y recomendaciones de Romanones. Al mismo tiempo, tampoco me parece que los excesos en el lenguaje sean los más importantes. El debate político es algo más amplio. De las causas que se han señalado resaltaría la ruptura del consenso constitucional, que en muchas ocasiones se produce cuando hay un deseo a toda costa de mantenerse en el poder o una desesperación para alcanzarlo por todos los medios.

Pero la política tiene muchos actores, no sólo los políticos, los periodistas o algunos jueces, también participan los grandes patronos empresariales, los sindicalistas, etc. En toda Europa occidental hay debates sobre los escándalos políticos o sobre la corrupción política. Hay otras cosas importantes en el debate político que afectan a todos los ciudadanos, como la moratoria nuclear, que afecta al futuro de un país, la reforma del mercado laboral, que afecta a los sindicatos, o el debate entre las grandes superficies comerciales y el pequeño y mediano comercio, que afecta a usuarios, consumidores, etc.

De todo lo que es el debate político y todo lo que afecta a la política, con todos sus actores, es importante señalar dos fenómenos: la oligarquización de la política -no voy a insistir en ello porque ya se ha señalado- y la sustitución de los debates políticos por procesos de creación de un clima de opinión inmediato. No se busca el debate político para mejorar la formación de los ciudadanos, para ver si se cumplen los programas o para elevar el nivel de vida de la sociedad, sino para crear un clima de opinión y estigmatizar al adversario político o para buscar el éxito inmediato de unos intereses particulares, políticos o económicos, que se disfrazan de interés general. Y esos procesos de creación de clima de opinión son tan importantes que han surgido ya los profesionales de la creación de los climas de opinión, a los que recurren -como uno de los aspectos de la mercantilización de la política- los políticos y todos los agentes que intervienen en el debate político. Además de la estigmatización, el empobrecimiento y falseamiento de la realidad, se pretende la cristalización de las opiniones en estereotipos que están muy cargados emocionalmente. Los estereotipos no son iguales que los eslóganes, porque estos últimos eran la síntesis o la expresión de un contenido de carácter social o político. El estereotipo es el contenido en sí mismo. Y se buscan los estereotipos cargados emocionalmente porque son los que se difunden más rápidamente por los medios de transmisión y comunicación electrónica.

Esto es evidente. ¿Por qué la Universidad o los intelectuales -que también han sido y son agentes del debate político- no tienen hoy importancia? Porque, por la propia naturaleza del debate en el que participan, no buscan los procesos de creación de un clima de opinión. Ni la cátedra ni los intelectuales recurren a los profesionales de la creación de clima de opinión; se mantienen al margen de esos procesos. Por eso tienen tan poco peso cuando, en otros momentos, siempre tuvieron mucha importancia, tanto en España como en otros países europeos. Su ausencia del debate político, no buscada por ellos, muestra la sustitución, no la perversión, del debate político, por creación de un clima de opinión para buscar esos éxitos inmediatos.

Así, aparece una imagen simplificada de la realidad. Y entre los ciudadanos, sobre todo los que no son actores políticos, y la realidad inabarcable se crea un pseudomundo intermedio que falsea el debate político, porque no busca ni la mejora en la vida de los ciudadanos, ni su formación o su mayor participación.

¿Cuál es la solución? Sustituir otra vez los procesos de creación de climas de opinión por el verdadero debate político. No es exacto que los políticos que no dicen cosas gruesas no salgan en los medios de comunicación porque ha habido muchos políticos

contemporáneos que sin decir cosas gruesas han salido en televisión, como Fernández Ordóñez, que era un político moderado y estaba todos los días en los medios de comunicación. No es sólo culpa de los medios de comunicación. Entre todos, y en parte por la mercantilización de la política, hemos sustituido el debate político por los procesos de creación de climas de opinión. Habrá que volver del revés esa sustitución.

Excmo. Sr. D. Alejandro Muñoz-Alonso Ledo

Es la primera vez que vengo a estos debates, no porque no me hubieran invitado, sino porque no he podido asistir en otras ocasiones.

Después de oír algunas de las intervenciones, especialmente la de los profesores Alzaga, Zapatero o Mohedano, me parece que lo que voy a decir puede parecer ocioso e innecesario. Voy a hacer una reflexión desde mi condición de profesor preocupado especialmente por los problemas de la comunicación política y no desde mi estado de diputado o político activo.

Empezaré recordando una obviedad: la importancia del debate público para la democracia. La democracia es tanto un régimen representativo de toda la sociedad como un régimen de opinión -como se denominaba en los estudios políticos de finales del siglo pasado y de principios de éste-. Y como es un régimen de opinión se basa en la opinión pública. No sé como se puede definir opinión pública, pero me gusta lo que decía Maurice Oriau*: un océano de discusión. Es decir, es un debate permanente, abierto, constante, muy complejo u heterogéneo. Y cuando ese debate falla, evidentemente está fallando el fundamento mismo de la democracia.

Y, efectivamente, están fallando muchas cosas en el debate público. He oído muchos diagnósticos que comparto, pero quisiera, a riesgo de repetirme, señalar algunas fallos importantes en el actual debate público.

En primer lugar, se trata de un debate en circuito cerrado: políticos-políticos, políticos-periodistas o políticos-periodistas-políticos, haciendo los periodistas de intermediarios o incitadores. Pero, el tercer polo de la discusión, el público, suele estar ausente. Y, ¿le interesa al público el debate político? En 1922, Liefmann decía que a la gente no le interesa la política. Hay una serie de encuestas que nos dicen que al público no le interesa mucho el debate político. Aunque son diferentes, se repiten sus porcentajes y tienen la virtud de referirse a sociedades tan distintas como la estadounidense o la española. Estas encuestas dicen que un 25% de los ciudadanos sigue permanentemente y con una cierta atención el debate político; otro 25% se moviliza con un cierto interés cuando ocurre algún acontecimiento político; un 30% no se muestra casi nunca interesado por el debate político; un 15% es el clásico público de los «no sabe/no contesta» y de los abstencionistas, que está totalmente al margen de la política. Es decir, tenemos que tener presente que el tanto por ciento de población interesada por el debate político es muy reducido. Y esto no deja de ser un fallo de la democracia ya que este sistema pretende ser un debate de todo el público.

En segundo lugar, hay que señalar el importante papel que juega la televisión. Este medio de comunicación es ahora el gran foro público, porque no hay otro. Y por su propia estructura mediática simplifica el discurso -como ya se ha dicho-. La televisión es importante,

pero no llega a enmascarar totalmente el debate político. Recuerdo una frase del Sr. Mitterrand, que me gusta mucho, que decía que en televisión importa menos lo que se dice que lo que se ve. Es cierto, lo importante en televisión es la imagen, el saber estar, etc. La televisión camufla el debate político. Por ejemplo, yo he estado en el Parlamento viendo debates políticos interesantísimos y después la televisión ha recogido la clásica tontería. Por eso, aunque la televisión es indispensable, también produce ese efecto de camuflaje sobre el que hay que reflexionar.

En tercer lugar es destacable la función de las encuestas. Las encuestas, tan permanentes y tan constantes actualmente, crean una ortodoxia (una opinión común y general) contra la que nadie quiere ir para no quedarse en minoría. Nadie quiere ir en contra de la mayoría, como corrobora la "teoría de la espiral del silencio" de la profesora alemana Noelle Noeman*. O se callan o llegan al cinismo de decir lo que no piensan para que se piense que están con la mayoría. Esto altera o pervierte el debate político.

En cuarto lugar, la democracia de partidos tiene una serie de condicionantes: por un lado, resta espontaneidad al debate porque el diputado tiene que atenerse al programa y a la disciplina de voto, con lo que pierde espontaneidad; cuando debate lealmente con el adversario político, cuando le gustaría decirle que tiene razón en algo, no lo dice porque es contrario a su programa y a la disciplina de su partido; así se producen tantos monólogos superpuestos que nunca aclaran nada. Por otro lado, produce electoralismo erróneo de la democracia, ya que como hay que ganar votos, se llega fácilmente a la conclusión de que todo vale en política. Al final, no valoramos el debate público con arreglo a criterios éticos sino con criterios de rentabilidad inmediata de votos.

Sr. D. Manuel Gómez-Reino y Carnota

No quería marcharme sin hacer una observación que es necesaria en este momento. Se ha hablado de la corrupción del debate político con carácter general, pero creo que habría que hablar de la corrupción del debate de los políticos y no de la sociedad en general. No se ha tenido en cuenta lo que la sociedad española es políticamente. ¿Cuál es la cultura política de los españoles? Este es un tema importante, porque ése es el sustrato sobre el que se desarrolla todo lo demás. Y todos los estudios revelan que la cultura política de los españoles es una cultura política de consenso, de moderación, que ha permitido tener -como Alberto Oliart dijo- las condiciones objetivas para volver a implantar un sistema democrático en nuestro país. De momento esas condiciones objetivas siguen siendo válidas desde el punto de vista de la población. Les incito a todos a que hablen de política con la gente corriente y se darán cuenta que no buscan el enfrentamiento o el modelo que los políticos están transmitiendo a la sociedad en todos sus debates o confrontaciones. La gente habla normalmente de política desde posiciones muy distintas; tiene un comportamiento absolutamente normal y mucho menos enfrentado que el de la clase política en general.

Este modelo de comportamiento político, derivado de esa cultura política de los españoles que hace posible que exista un sistema democrático en este país, hay que verlo en una línea de fondo. ¿Cuál ha sido el comportamiento político de los españoles a lo largo de todo el proceso democrático? Se suele transmitir la idea de que los españoles no están participando, que

son personas ignorantes que deciden a partir de lo que los políticos intentan vender desde un punto de vista de la estrategia del *marketing*. Eso es falso. Si observan cuál ha sido el voto mayoritario de los españoles en cada momento histórico, verán que se ha apoyado la opción o el partido político que era el que, en aquel momento, podía llevar a cabo todo el modelo democrático. Se votó a UCD en un momento en que la transición sólo podía hacerla este partido. Cuando fracasó el modelo de UCD, se votó al único partido con capacidad, con fuerza y con organización que podía hacer posible que la democracia siguiera existiendo y fuera gobernable. Y cuando ese modelo entra en crisis se piensa en otra opción política. En estos momentos, las encuestas revelan que esa alternativa puede producirse.

Esto revela que hay una cultura política y unas decisiones en los ciudadanos que los políticos deberían tener muy presentes. Y está haciendo posible que sigan existiendo esas condiciones básicas y objetivas para la democracia.

Por otra parte, todo lo que aquí se ha dicho es rigurosamente cierto: los medios de comunicación, la estructura organizativa y financiación de los partidos políticos, etc., están degradando y haciendo que exista una aparente corrupción del debate político. Pero los ciudadanos, al final, castigan con su comportamiento muchas de estas cosas que están ocurriendo. Y esto se demuestra fácilmente, porque ¿cómo valoran a los líderes políticos?, ¿es valorada la corrupción o el insulto en el debate? No. Los líderes que más practican el insulto pierden cada día más en su valoración política con respecto a los ciudadanos.

Detrás de todo este modelo de lucha por el poder, del *marketing* político, existe una población, los consumidores de este debate, que tiene una cultura política que no refleja esa confrontación y ese enfrentamiento. Y esto también tiene que estar presente en este debate para que no veamos sólo los aspectos disfuncionales del sistema.

Prof. D. Elías Díaz García

A estas alturas del debate, se han dicho ya muchas cosas interesantes y útiles. Lo mejor que me podía ocurrir al intervenir era saber situar lo que voy a decir en el contexto de todas ellas. Evidentemente, estoy de acuerdo con unas, y es ahí donde situaré mi intervención, y disiento de otras que, sin embargo, también son útiles como confrontación.

Quisiera señalar, en primer lugar, un interesante lapsus freudiano que está en la documentación que he recibido para asistir a este encuentro. En el guión para el debate se habla de la corrupción del debate político -y es en lo que nos estamos centrando casi todos-, pero luego, quien ha escrito la carta -muy sabiamente- habla de la corrupción del debate público. Yo me quedé dudando quién tenía razón, si la carta o el guión. Es lo mismo, porque mi deseo es llamar la atención sobre como la corrupción no está solamente en el debate o en la realidad política sino en lo público. Indudablemente, lo público es mucho más amplio que lo político. Lo público incluye la economía, la universidad, los medios de comunicación, los intelectuales, los discursos eclesiásticos, los sociales, etc.

Para precisar, quería evitar la contraposición o la escisión entre una sociedad civil (honesta, buena y pura) y unas instituciones, es decir, un poder político y unos políticos (malvados, perversos y satánicos).

Hay que homogeneizar. Los males de la política se corresponden con las maldades de la sociedad civil. Existen casos concretos de corrupciones del debate público en la órbita intelectual de los profesores -empezando por mi-, de los economistas, de la prensa, de los eclesiásticos, etc. La homogeneización, por lo tanto, es importante para evitar esa escisión clarísima actualmente. No se trata de homogeneizar para extender. No se trata de consolarnos en el mal de todos, porque también hay bien en todos. Esa homogeneización conduce a repartir y a analizar con mayor objetividad.

Disiento, por otro lado, de que la corrupción del debate político sea la madre de todas las corrupciones, porque creo que el lenguaje y el debate son idealismos en el peor sentido de la palabra y las corrupciones son reales. En todo caso, el debate trasladaría las corrupciones reales al ámbito del lenguaje y de la comunicación.

También quería señalar que mi actitud al intervenir era rebajar un poco el tono del escándalo, tanto en la forma como en el contenido del debate político. En la forma, fundamentalmente referido al lenguaje, intentamos contener todos los excesos, los insultos, etc., no sólo en el lenguaje político, también en el intelectual; los profesores muchas veces nos decimos cosas tremendas en las oposiciones o en los escritos. Pero creo que habría que rebajar el tono del escándalo, porque el lenguaje ha cambiado. Fíjense como hablan hoy los jóvenes o que lenguaje utilizan las mujeres -que me perdonen las presentes aquí- que antes era imposible oír en ellas. Por lo tanto, el político utiliza un lenguaje en consonancia con nuestro tiempo. No quiero decir que todos hagamos un lenguaje grosero, sino que cosas que antes eran gruesas, ahora no lo son, dependiendo del momento.

No habría que entender como corrupción del lenguaje lo que son usos legítimos. No es corrupción intentar convencer si uno cree en ello. Tampoco es corrupción del lenguaje que se sepa en cierto modo lo que va a decir un político. Lo raro sería que un político defendiera ideas contrarias a su tendencia. El discurso puede perder interés, pero es un uso legítimo describir desde sus propios presupuestos.

Por otra parte, estos usos no son sólo españoles. Todos nos hemos sorprendido cuando hemos asistido por primera vez a los debates del Parlamento inglés al ver qué se dice allí y cómo se comportan. Si las cosas que se hacen en el Parlamento inglés se hiciesen en el Parlamento boliviano o español, por ejemplo, diríamos que son unos bárbaros. Por lo tanto, no nos escandalicemos. No podemos hacer de juez ético o inquisidor.

Tampoco en el contenido hay que exagerar. Se ha dicho -como decía Manuel Aragón- que hay que denunciar la mentira. No creo que los políticos mientan en lo público más que otros sectores de la sociedad. Podemos terminar en la prédica de decir «hablen ustedes bien, no sean agresivos y no mientan». Está bien decirlo porque es una autoexigencia ética. Pero el problema no es mentir, porque al mentiroso se le descubre. Más que engañar, se autoengañan. Muchas veces en las promesas electorales hay errores, engaños y equivocaciones. Es bueno descargar la política de caracteres excesivamente ético-predicadores, con carga inquisitorial, de buenos y malos, para darle un carácter más científico y más racional, que incluya también la comprensión de lo irracional.

Los medios de comunicación, aunque comprendo las urgencias de los periodistas, deben hacer un esfuerzo de objetividad para no mentir. Los que damos conferencias sin leerlas siempre hablamos de tres tipos de conferencias diferentes: la que uno dice que va a dar; cuando se pone a hablar, no sé sabe por qué, le sale otra, mejor o peor; y la conferencia que uno dice cuando se va a casa y piensa que debería haber dicho esto y aquello... Algunos añaden una cuarta que es lo que la prensa dice al día siguiente.

Termino como empecé: no invirtamos los términos. Me preocupa el debate político o público, pero me preocupan más las corrupciones reales, como las corrupciones contra el Estado de Derecho, contra políticas sociales de libertad y de igualdad... El debate político y público nos debe reconducir a los problemas reales.

Sr. D. José M^a Martín Patino

También quisiera subrayar que la duda o la ambigüedad entre la corrupción del debate público y el debate político estuvo presente en la preparación de esta reunión, porque unos hacen el guión y otros hacemos las cartas. No había absoluta conformidad y por eso he comenzado esta sesión advirtiendo que por debate sobre lo político entendemos todo debate, pero fijándonos en el político; es decir, entendiendo por político los asuntos de interés general.

Excmo. Sr. D. José Jiménez Villarejo

Estoy tentado de renunciar al uso de la palabra porque quería introducir en el debate, como posible causa de la corrupción del debate público -y subrayo público y no político- la falta de rigor, de análisis serio y riguroso, que abarque la complejidad de todos los problemas de esta realidad tan compleja en que nos movemos. Pero sobre esto se ha expresado ya el Prof. Elías Díaz, por lo que me remito íntegramente a su intervención.

Sr. D. Tom Burns

Me he quedado absolutamente fascinado por lo que he escuchado en las numerosas intervenciones de este debate.

Me siento muy distanciado de lo que se está diciendo ahora porque no viví -como dice el punto dos del guión- «el planteamiento del diálogo público a partir de los años 60», esas organizaciones más o menos clandestinas, la libertad orientada hacia la crítica del poder o, yo añadiría, hacia la toma del poder.

Me ha fascinado «la inclinación al «pensamiento mágico, el pensamiento conspiratorio y el pensamiento tribal». En esta enorme mesa, como en casi todas las tribus de los

años sesenta, están unidas todas las condiciones necesarias para la democracia y están todas las tribus que hicieron posible esa transición.

Tuve que escuchar muchas intervenciones hasta que Alfredo Hernández habló de las listas abiertas y luego Alejandro Muñoz-Alonso se refirió a la necesidad de la espontaneidad en la política. El sistema político, por supuesto, necesita la espontaneidad y la credibilidad.

Quisiera insistir -y me ha sorprendido mucho no escucharlo más- en que se debería plantear ya, sobre todo en un foro como éste, la reforma esencial de la Ley Electoral española y la organización de los partidos políticos con sus listas cerradas y bloqueadas. Desde el momento en que el diputado esté más cerca de los ciudadanos, empezarán a existir, al menos, las condiciones esenciales para eliminar la corrupción política.

El profesor Elías Díaz hablaba de las cosas que se dicen en el parlamento de mi país, el Reino Unido; es cierto, se dicen barbaridades. Pero todo político en el Reino Unido es absolutamente conocido por los ciudadanos que le han elegido y por los que no le han elegido en su circunscripción. Cada fin de semana vuelve a su circunscripción, abre lo que se llama una "clínica" los sábados por la mañana y recibe la quejas de los ciudadanos como si fuera un médico en un ambulatorio.

Llevo mucho tiempo en este país, conozco bien la política y a los políticos españoles y me encuentro con muchísima gente que pregunta quién es su diputado. Si preguntas a alguien que te diga, aparte de los políticos que salen en la televisión o en los periódicos, el líder del gobierno o de la oposición, quién más está en el parlamento no lo saben decir. Me gustaría saber -y aquí hay varios diputados- cuánta gente en la provincia de Madrid sabe realmente quienes les están representado.

Sólo quería dejar constancia de mi sorpresa ante ustedes, ante estas tribus que han hecho la transición política, que recogen esa herencia del «pensamiento mágico» de los años sesenta, para preguntarles si no se plantean con más seriedad la reforma de la Ley Electoral.

Sr. D. José M^a Martín Patino

Muchas gracias a todos.

Yo también he echado de menos que no se haya planteado explícitamente la posibilidad de hacer un debate político, en las circunstancias actuales, con los nuevos medios de comunicación. Se mantiene a los medios de comunicación al margen, como si fuera algo distinto del debate político. Es una pena que el profesor Muñoz-Alonso no se quede a la cena porque he leído publicaciones suyas muy interesantes sobre el tema de la dictadura de la televisión. Óscar Alzaga hizo alguna mención de esto.

SEGUNDA PARTE DEL DEBATE

Sr. D. José M^a Martín Patino

Perdonen que interrumpa su animada conversación, pero vamos a reanudar nuestra confrontación de opiniones.

Ilmo. Sr. D. Claro J. Fernández-Carnicero González

He pedido la palabra sin ánimo de introducir o decir nada nuevo, sino para apostillar simplemente algunas de las intervenciones que más me han interesado personalmente.

Quería comentar la referencia que se hecho a la complejidad de la realidad, desde planteamientos -que entiendo y no interpreto palabras ajenas- mercantilistas y tecnocráticos, que explican, en cierta medida, el desdén que existe actualmente hacia el debate político. Desde estos planteamientos he recordado -quizá por esa inercia que tenemos todos los opositores a pensar en el "tema x" en el que se hablaba de determinado asunto, en este caso relacionado con el debate parlamentario- el comentario que hace Walter Beishow*, en su vieja monografía de la Constitución inglesa, sobre las funciones del debate parlamentario, concretamente las funciones de la Cámara de los Comunes. Y hago esta referencia, en absoluto por lucimiento de la cita, porque creo que el debate parlamentario, por muy disminuido que esté el Parlamento, es uno de los capítulos más importantes del debate político; no quiero decir que lo condicione. Es importante que distingamos entre el debate parlamentario, tal como se produce, y la información que dan los medios de comunicación de éste. Pues bien, yendo a la cita de Beishow*, entre las funciones de la Cámara de los Comunes que describe, hay dos que son esenciales para entender el sentido del debate político y concretamente del debate parlamentario: la función pedagógica y la función informativa.

Creo que, con el máximo respeto hacia el parlamento, se olvidan a veces la función pedagógica y la función informativa -la cual debe tender a informar, no a adoctrinar o manipular- del debate público. Beishow* dice que el fin de estas dos funciones es que el país mejore su condición y se acostumbre al juego limpio, que es algo que hace relación a la corrupción en un sentido sustantivo.

Desde este planteamiento -que me permito calificar como intento ingenuo de recuperar la utopía democrática-, el debate parlamentario tiene las carencias que todos conocemos porque no se ha proyectado en los siguientes ámbitos, que son determinantes de su vitalidad y de su vigor:

En primer lugar, el debate político está condicionado por la existencia o no de debate interno en los partidos políticos. Es decir, si algún sentido tiene el Artículo VI de la Constitución, que hace invocación al carácter democrático de los partidos, es que los partidos empiecen por debatir en su seno los problemas de los que después se van a ocupar; los partidos no deben ser máquinas de oligarquías o élites que transmiten determinadas iniciativas y sujetos pasivos de las mismas.

En segundo lugar, es importante que, con ese doble ámbito de Beishow*, el Parlamento recupere su perfil propio dando al debate lo que le corresponde; es decir, tiene que superar los tópicos de que al Parlamento se va a proclamar lo que previamente se ha decidido en el seno de los partido. Concretamente, en el Parlamento inglés hay un cierto margen, aunque no muy grande, para el debate.

En tercer lugar, y distinguiendo entre el debate político y la información que se da de éste, los medios de comunicación, fundamentalmente la televisión, deben distinguir lo que podríamos llamar «los auténticos protagonistas» del debate político de «los terceros interpuestos». Los medios de comunicación no son los protagonistas primarios del debate político, sino los que informan sobre éste. Esto no quiere decir que no tengan opinión. Pero sería muy importante -insisto- que los medios de comunicación, y concretamente la televisión pública, dieran o reservaran un mayor espacio al debate público, reconociendo el protagonismo a quienes son protagonistas, es decir, a los políticos.

Por último, otra proyección de lo que deberían ser las pautas para recuperar el vigor del debate político residiría en que éste no fuera un debate concentrado en las disputas políticas de las vísperas de una contienda electoral. El debate, si tiene sentido, es decir, si responde a pautas de pacto y de diálogo, debe ser algo normal, como ocurre en los medios de comunicación de otros países, donde los temas importantes se debaten en los períodos inter-electorales sin la pasión y sin la angustia de saber si el debate ayuda a ganar o perder votos.

Yendo más lejos de lo que podríamos llamar el escenario político institucional, no podemos olvidar, aunque ésta sea una revisión genérica, que una función esencial del debate político es dar contenido al principio de representación política. Y esto consiste en poner en contacto, desdramatizado y haciéndolo habitual, a representantes y a representados en una comunicación normalizada. Sin un debate público que esté permanentemente abierto -quiero hacer hincapié en esto- el representante acaba por convertirse en un burócrata. En democracia, el burócrata no debe ser nunca el protagonista.

Prof. D. Augusto Hortal Alonso

Mi intervención intentará aportar una perspectiva distinta acerca del debate político, no exclusivamente de los políticos sino también de quienes no lo somos.

Es importante -y conectaría con la intervención de Elías Díaz- captar que la corrupción del lenguaje político no se produce porque unos extraterrestres desaprensivos hayan ocupado el Parlamento; sus ocupantes pertenecen a nuestro linaje y a nuestra cultura.

Hay corrupción en el lenguaje político de la misma forma que hay corrupción en el lenguaje sindical, en el de los medios de comunicación, entre las generaciones, en el educativo, en el de las instituciones, etc.

Mi diagnóstico es más pesimista que el de Elías Díaz. No es que seamos solamente imperfectos sino que tenemos arraigados muchos dilemas. Víctor Ríos, al principio, señaló que una de las causas estructurales del actual momento político era la oligarquización. Yo quisiera insistir en los aspectos culturales del asunto. Vivimos una cultura fragmentada en la que faltan metas comunes compartidas, una cultura con intereses contrapuestos, donde si yo gano, tu pierdes, una cultura del éxito, del resultado, donde el camino y el procedimiento no es tan importante si se consigue lo deseado al final y una cultura de la imagen fugaz y del estereotipo.

La corrupción en muchos ámbitos del lenguaje -el lenguaje político es el que nos ocupa esta noche- consistiría en utilizar el lenguaje no para apelar a la racionalidad, a la libertad o a la autonomía del otro sino para manipularle, conocer sus debilidades, sus vulnerabilidades y saber llevarle hacia donde previamente queremos. Es lo que Elvin Goldmann*, un teórico de la comunicación, ha llamado «la gestión de las impresiones». Es más importante qué impresión se quiere dar y qué estado de opinión se quiere generar que saber si lo que se dice o se oculta es verdad o no. Evidentemente, una gestión de las impresiones a medio y largo plazo no puede trabajar con la mentira burda, porque sería echar piedras contra su propio tejado.

Me preocupa enormemente la enorme difusión que ha tenido la utilización de la psicología de masas, que fue inicialmente un arma muy nociva en manos del fascismo. Y esta psicología de masas responde a una cierta propagación del fascismo latente, no sólo de los políticos, sino de toda la cultura y de todo el intercambio de comunicación. Habría que reflexionar mucho sobre esto antes de tirar piedras sobre el tejado ajeno y ser conscientes también de nuestros propios problemas.

Para no ser absolutamente pesimista, quisiera dar algunas notas generales, sobre todo tipo de comunicación, que inciden en la distorsión y corrupción de esa comunicación y que nos indican dónde tendríamos que actuar para corregirlas. Frente a la cultura del intercambio de estereotipos y etiquetas habría que cultivar el matiz. No comparto el optimismo de aquel profesor de Sociología -no recuerdo su nombre- que decía que el español medio era una persona muy razonable, muy moderada, etc. Tengo la sensación de que el debate político del español medio consiste bien en confirmarnos unos a otros los mismos gustos o preferencias ideológicas o bien es la Guerra Civil sin medios cruentos. No estoy hablando de la clase política sino de la manera de comunicarse del español medio sobre política. Es mucho más importante quién lo dice, a favor de quién se está, de dónde viene esto... Invito a los asistentes a emplear, en algún lugar donde no les conozcan, un tipo de expresiones que no nos cataloguen. La gente se siente incómoda hasta que no es capaz de colocarnos una etiqueta con la que se adhiere o se distancia. Es más importante conocer a quién favorece o con quién está el que lo dice, que si lo que dice es verdad o no.

Tenemos un tipo de sociedad donde la comunicación, más allá de los espacios privados, está muy segmentada o muy superficial y entrecortada; apenas hay camino de ida y vuelta para saber si nos hemos entendido bien, si todavía hay zonas de confluencia. Es una situación muy arraigada en la cultura española. Existe mayor interés en hablar que en escuchar. Si no se escucha, hablar es prácticamente autoconvencerse. Lo mismo ocurre cuando se cambia de tema para no reconocer los errores -lo que llamaría el típico debate o pelea matrimonial-.

Se debe buscar un clima de colaboración y no meramente de lucha, aunque tiene que existir también el conflicto, porque esta situación es inevitable en el ámbito político. Deberíamos intentar encontrar una cierta «ecología cultural», porque de la misma manera que podemos acabar con el equilibrio ecológico y hacer inviable la vida, también es posible crear un clima cultural en el que todos salgamos perdiendo. Me preocupa enormemente que aparezcan líderes salvadores de la patria en las campañas electorales de Occidente que por tener un discurso distinto al de los políticos normales automáticamente consiguen seguidores. Hay que luchar contra esa situación en la que cualquier advenedizo puede acaparar el descontento de las masas, para no contaminar el medio cultural en el que estamos.

Cuando el lenguaje no tiene su reflejo en la realidad, se cae en radicalismos verbales. Se compensa la falta de alternativas en determinadas formas de comportarse con ese radicalismo verbal.

Si me centrara en la corrupción del debate político en la España contemporánea, le pondría una fecha muy concreta: el referéndum de la OTAN, donde cada opción política estuvo defendiendo cosas completamente distintas a lo que eran sus propias convicciones.

Prof. D. Tomás Calvo Buezas

No voy a incidir en las causas sustanciales de la corrupción del debate político, sino que voy a hacer una reflexión, tal vez marginal o exótica, desde el campo de la Antropología política, que es mi especialidad.

Para comprender un fenómeno tan complejo y poliédrico, podría ayudarnos el carácter dramático-ritual de representación teatral temporal que tienen las elecciones y el acto del mitin en particular. Esto no es restar importancia al discurso político y mucho menos a lo que está en juego, que es gravísimo, sino que es una posible clave para comprender cómo los actores sociales -en este caso los políticos- representan un papel. La utilización de un lenguaje y unas formas llenas de agresiones, anatemas, golpes bajos, etc. solamente tienen sentido y permisividad pública en esa secuencia del drama teatral político. Los altavoces de los medios de comunicación lo intuyen después.

Lo principal no son las ideas sino los estereotipos o las imágenes, no sólo las imágenes que salen en televisión, sino la imagen de lo que se llama un prejuicio (un juicio previo que se dictamina sobre el adversario sin conocer sus argumentos, que tiene algo de cognitivo, de afectivo y que conduce a la acción, en este caso, a votar) Por consiguiente, si alguien no supiera qué es democracia y llegara a observar cómo se insultan los políticos, los llevaría automáticamente a los tribunales; desde luego, si hablara contra las mujeres, saltaría el Instituto de la Mujer, y si hablara contra un negro o contra un gitano, saldría Esteban Ibarra y un servidor para llamarle racista y fascista. Sin embargo, esos insultos son «tolerables» en la secuencia del drama social.

Esto explicaría como después todos callan cuando viene el actor principal, que es la urna, y como cambia totalmente el lenguaje y, por supuesto, lo esperado por el coro y los espectadores cuando se terminan las elecciones. Todos ganan. Se acata el sistema democrático.

Se felicitan los ganadores y el que gana se proclama como pastor y padre gobernante de toda la ciudadanía, partidarios y observadores. Es un teatro que hemos aprendido a representar en las democracias occidentales. Si este espectáculo teatral, que tiene algo de ritual y algo de sagrado, se intenta enfocar desde la racionalidad, se produce un discurso legítimo, el de los intelectuales, que es el que transmite el guión que nos han mandado.

La democracia y el sistema partidista, que es el menos malo de los sistemas políticos, tiene unas contradicciones estructurales internas. Al estar basado en los partidos, salvo que se ponga en juego la supervivencia del sistema, no se busca la racionalidad sustantiva e integral, lo que sería el bien para toda la sociedad, sino una racionalidad funcional y, por lo tanto, débil, preocupada por los intereses y la supervivencia del partido, cuyo último objetivo es la adquisición de poder.

Por consiguiente, como dijo Max Weber, quien desee cumplir las bienaventuranzas que no se meta a político.

Y dejando a un lado el hecho de que los partidos políticos puedan mentir, lo que si es cierto es que, sobre todo durante las campañas electorales, dicen verdades partidas, porque se callan las verdades que interesan realmente. Ya lo dice el refrán popular: «corazones partidos yo no los quiero, porque cuando doy mi corazón lo doy entero». En política esto es imposible.

Esto nos demostraría por qué a los jóvenes, principalmente los adolescentes, no les interesa la política. En una encuesta que realicé entre adolescentes (último grado de EGB, BUP y Formación Profesional) y que publicó El País a principios de 1993, se les preguntaba a éstos por qué partido votarían y había una última cláusula que decía: «Por ninguno. No creo en la política ni en los políticos». El 50,7% de los adolescentes señalaron esta casilla y un 8,6% la de «No sabe/no contesta». Uno de cada dos adolescentes pasaba de los partidos políticos. Ningún partido político sobrepasó el 14% del total. Y ante una lista de instituciones, como Iglesia, Ejército y Policía, jueces, Gobierno, Parlamento, partidos políticos y sindicatos, se les pedía que señalaran dos instituciones que merecieran su confianza; un 40% señalaron una última casilla: «Ninguna de estas casillas merece mi confianza». Del 60% restante que eligió alguna de las instituciones, el 40% señaló la Iglesia, el 22% el Ejército y la Policía, el 15% los jueces, el 7% el Gobierno del país, el 5% el Parlamento y el 12% los partidos políticos y los sindicatos. Si se les pregunta que quién les ha enseñado los valores principales, siguen diciendo que la familia, los amigos, los medios de comunicación, la escuela, etc.

Esta reflexión nos lleva a pensar que no hemos socializado todavía a la mayoría de los jóvenes en la forma de ver el espectáculo, por lo que no les interesa, al menos mientras son adolescentes y no tienen que votar. No es de extrañar que, ante una lista de 39 personajes para que eligieran a los tres que les producían mayor confianza, estos escolares eligieran a la madre Teresa de Calcuta (36%), Ghandi (31%), Martin Luther King (27%); frente a esto Fidel Castro (3%), Felipe González (3%), etc. Lo que nos dice que los adolescentes proyectan todavía sus ideales no en la brega diaria del trabajo sino en modelos lejanos, que les exigen pocos sacrificios. Se siguen consolando con la ensoñación.

Esto demuestra la importancia del lenguaje político en estos momentos, que tendríamos que interpretar dentro de un sistema, pero que no acaba con los problemas no resueltos. El debate político no es el que corrompe la política, sino que la política o los problemas sociales son los que corrompen el lenguaje.

Sr. D. Gonzalo Madrid González

El Prof. Tomás Calvo comenzaba diciendo -y yo también tenía previsto comenzar así- que la realidad de la corrupción en el debate político es poliédrica y podría ser observada desde diferentes puntos de vista. Sin embargo, lo que me llama la atención es que desde el momento en que escribí estas notas hasta ahora y especialmente desde la última intervención me las he cuestionado y he sido consciente de que es una visión muy limitada. Un gran número de las cosas que se han dicho aquí me han llamado la atención y algunas de ellas me han convencido. Señalaré las cuestiones que tengo apuntadas, porque tienen una cierta tendencia racional, aunque el concepto señalado de la teatralidad las pone en cuestión y, por otra parte, muestran un ámbito muy cotidiano.

Hay tres elementos del debate político que podían ser mejorados desde un ámbito racional, que son buenas tanto para el debate político como para cualquier tipo de debate.

En primer lugar, creo que faltan matices en la realidad. La realidad es compleja, pero aplicar matices es inteligente. A veces, la gente inteligente no usa los matices en este tipo de debates porque se busca la diferencia y el matiz no diferencia. Es un planteamiento erróneo porque hay una enorme riqueza en los matices de las opciones que se están desaprovechando.

En segundo lugar, se echa en falta, en cuanto se proponen opciones, los pros y los contras. Todos intuimos o sabemos que la política no lo puede resolver todo, porque hay unos condicionantes muchas veces externos, hay elementos contextuales que influyen, etc., pero por no hacer hincapié en esto damos una imagen que es falsa y que desanima. El ciudadano es lo suficientemente inteligente para saber que existen los matices y los análisis, que las cosas no son blancas y negras, sino que lo que es pro desde un punto de vista, tiene su contra desde otro.

El tercer aspecto se refiere a la falta de autoestima entre las personas que participan en el debate. Esta autoestima se traslada a dos elementos, no a una valoración moral de si es buena la autoestima o no, sino como tema que disuade o pueda alejar el interés de la gente por estos temas. El primero es la sensación de que cuando el debate es verdaderamente político ningún argumento del adversario te puede convencer. Y esto es malo porque el debate debe buscar la persuasión del otro y la incorporación de esto en tu propio mensaje. El segundo elemento, que también es frustrante, es la idea de que -y también es falso- es imposible cualquier aspecto cooperativo para resolver los problemas que tenemos. Esta falta de percepción de que puede haber un espíritu cooperativo entre gente que ha participado en un debate -legítimo por otra parte, para que gane su opción- es negativo.

No sé por qué ocurre esto pero, e influido por mi propia experiencia, cuando alguien afronta un mercado sabe que cuantos menos mensajes tenga, mejor porque como mucho se captan tres y la probabilidad mayor es que se capte uno, y que el negro y el blanco se capta mejor que el gris.

Confío en una evolución antropológica del ser humano. En cualquier caso, todo lo que sea debate es bueno y necesario; las simplificaciones excesivas son malas. Todo debate, con el menor número de intermediarios posibles, entre gente que tiene y defiende sus argumentos, es bueno. Muchas veces sobran opiniones y faltan argumentos. Por ganar un titular se pierde la riqueza de ideas de alguien que, en principio, hay que pensar que es honesto y trata de explicar su

posición. Todos sabemos que si damos la vuelta a la palabra, queda algo absolutamente ridículo e impresentable. Y esto sí es una corrupción del mensaje.

Por otra parte, veo algunos aspectos muy positivos en la forma en que se están acercando los jóvenes a este tema. Mi experiencia de debate y de participación a la edad que tiene mi hijo concretamente era infinitamente peor. Y tenemos que tener esperanza, porque esto tendrá sus frutos.

Prof. D. Antonio J. García-Santesmases Martín-Tesorero

El método que utiliza la **Fundación Encuentro** es inabarcable, porque cuando uno quiere hablar en relación a algo que ha dicho alguien, pueden haber pasado cinco intervenciones, una cena suculenta y varios vasos de vino. Además, las reglas son tan estrictas que casi nos recomiendan que traigamos escrita nuestra intervención, se suceden los monólogos y es difícil hilar los contenidos. A pesar de esto, intentaré hilar mis pensamientos con algunas de las intervenciones que he escuchado, pensando ya en las que quedan, para intentar conectar el debate y evitar el monólogo.

La primera reflexión que ha hecho Alberto Oliart sobre el tema del consenso, como toda consideración de este tipo, tiene el peligro de quedar en un deseo piadoso, porque ¿cómo se logra perpetuar el clima de lo que significó el consenso en un contexto político completamente distinto, donde no hay que hacer una Constitución, donde no hay que construir un sistema de partidos y donde se asiste al final de una determinada etapa de la historia de España y al inicio de otro momento histórico? Y ahí reside la dificultad. Nos podríamos plantear qué elementos de la cultura de la transición se pueden preservar en una circunstancia distinta, pero aquel clima no existe ya.

Y no existe, entre otras cosas, porque la situación en la que estamos actualmente se puede analizar desde el punto de vista de los contenidos y desde el punto de vista de los procedimientos. Desde el punto de vista de los contenidos, hay un elemento esencial al hablar del debate político actual, independientemente de la corrupción o no de éste. Manuel Zaguirre ha dicho que hay una aspiración al poder desde la socialdemocracia y un gobierno que utiliza el neoliberalismo. Para entender el momento en que nos encontramos, deberíamos pensar que la crisis de UCD provocó un vacío político que fue ocupado por el PSOE, en la perspectiva de realizar una sustitución de la burguesía democrática o de lo que se llamaba en el lenguaje de la época la inexistente burguesía democrática. Esto no ocurrió en Cataluña ni en el País Vasco porque ahí sí había partidos vinculados al antifranquismo o al europeísmo, partidos que tenían una tradición democrática y partidos que lograron pervivir más allá de la transición. Y eso no sucedió en el conjunto del Estado. En esta circunstancia el PSOE estuvo vinculado durante mucho tiempo al discurso de que el otro era el heredero del franquismo, de que la burguesía democrática era él. Éste era el discurso de Felipe González. Y este discurso ha durado hasta que ha llegado una nueva generación que ha encontrado un filón en el que poder machacar ese discurso: el tema de la corrupción.

Estos dos elementos siguen funcionando en determinadas zonas del electorado. Es muy difícil cambiar esta situación, aunque hagamos todo tipo de imprecaciones para favorecer

el clima del consenso. Es decir, la idea se observa en el anuncio electoral del PP en televisión donde se ve a un señor que entra en una caf e y le dice a otro: «todavía dicen que son pocos los corruptos, pero en ese cocido est an todos». Frente a esto, est a el discurso del PSOE que los califica de franquistas. Como se ve, son dos discursos de estigmatización del adversario que no conectan con zonas del electorado que no est an vinculadas al núcleo fijo o al que lo quiere todo.

Pero, estos mensajes son muy rentables electoralmente. Este problema se vincula con la mercantilización de la política -como ha dicho Víctor Ríos- para atrapar votos.

Me sorprende cuando veo cómo funciona la democracia de los partidos y cómo debería funcionar, es decir, las enormes diferencias que existen entre el análisis descriptivo de cómo es la democracia hoy y el análisis normativo de cómo debería ser. Cuando nos situamos en este último análisis, todos pensamos en democracia interna, colectivos intelectuales, concepción pedagógica de la política, etc. Pero cuando nos acercamos a la realidad, esa concepción normativa se abandona por diferentes causas. Como partido intelectual colectivo, presenta el problema del liderazgo. Acabo de leer la biografía de Raimundo Castro sobre José M  Aznar y lo único que explica pormenorizadamente es la idea de que no tenía que haber baron as ni vicepresidencias, que su antecesor no llegó ni a diputado, que Miguel Herrero de Mi n est  aislado y los demás son objetos decorativos. Es decir, el mismo modelo que tenía Felipe González: el modelo de la democracia plebiscitaria. Lo importante es el líder; vinculado a él est  el seguimiento acrítico de la organización. Hay una conexión perversa entre el monolitismo de la organización y el liderazgo carismático que funciona en este tipo de democracia plebiscitaria. La conclusión melancólica a la que se llega es que el que quiera entrar en política, tiene que pactar con el diablo y el que quiera salvar el alma, que se retire de la política. Pero, cuando se analiza la situación te das cuenta que el modelo consiste en una organización sin fisuras, con un único discurso y seguimiento acrítico al líder. Y esto se da también en las organizaciones pequeñas. Julio Anguita, cuando tuvo problemas fuertes, decidió dimitir, repitiendo el comportamiento plebiscitario que había tenido Felipe González en el XXVIII Congreso.

Es decir, hay una serie de elementos que no son exclusivos de la sociedad española, sino que afectan al sistema de partidos existente. Así, se produce una tensión constante: queremos que se organice colectivamente la decisión política, pero hay asesores, expertos que dicen después que lo importante es que los partidos no sean un problema para los ciudadanos, sino que ofrezcan soluciones con un único y claro discurso y un solo líder. Esto produce que las organizaciones políticas sean maquinarias electorales. Si esto se vincula a un sistema electoral de listas cerradas y a unos hábitos parlamentarios de disciplina de voto y de relevancia en los portavoces, es imposible que las organizaciones políticas tengan democracia interna. Se produce así una tensión entre lo normativo, lo fáctico, lo descriptivo.

Habría que ver cómo se puede colectivizar la decisión política y cómo se puede lograr que los partidos, como organizaciones, no sean sólo oligarquías que funcionan en momentos electorales, sino que transmitan identidades. Esto es muy difícil bien porque hay unos hábitos sociales adquiridos, bien por imperativos de la competencia electoral, bien porque la política es así, queramos o no, etc.

La clase política se encuentra entre lo descriptivo y lo normativo. Desde el punto de vista normativo, es una de las cosas más repulsivas pensar que existe una clase política. Desde un punto de vista descriptivo, cualquier politólogo te demuestra que hay una clase política. Se

acaba de publicar un libro titulado «Clase política en el Estado de partidos», porque hay un Estado de partidos, hay un elemento de profesionalización.

Algunos dirán que no nos vayamos al nicho privado, a la intimidad de la conciencia donde podemos salvar el alma, pero al menos mantengamos una pequeña situación que vaya frente a la democracia elitista. Pero no nos podemos olvidar que el movimiento tiene un elemento de un solo asunto al que se puede llegar por ideologías muy distintas. Es decir, uno puede estar a favor del 0,7% porque le parezca simpática la madre Teresa de Calcuta, porque sea antimilitarista o porque crea en el desarrollo compartido. Pero los partidos, en principio, tienen que transmitir ideologías y éstas no pueden ser cosmovisiones cerradas. Hay que actualizar esos legados. Y esta es una función de los partidos. Pero, ¿la pueden conseguir este tipo de partidos?

Sr. D. José M^a Martín Patino

A pesar de la enorme dificultad que tiene el sistema de este debate, creo que Antonio García-Santesmases ha conectado perfectamente con él. Para su información, estamos intentando encontrar otro sistema mejor.

Sr. D. Benito Sagredo Gordillo

Quisiera hablar de la corrupción del debate político, entendida como el abuso de poder que se tiene para dirigir el debate hacia una dinámica u otra.

Vemos un debate con fronteras, que no habla en qué consiste el debate político en sí. Los participantes son los protagonistas del debate. Un debate donde no tiene cabida todo el mundo, no es un debate público. No habla de las normas del juego que se han impuesto. No todo el mundo que tiene ideas independientes puede participar en un debate, primero hay que presentarse como miembro del partido y adherirse a un líder carismático. Así, se restringe su actitud.

Tenemos un parlamento con cientos de diputados en el que, en realidad, sólo opinan media docena. La dirección del partido es la que dicta la actitud que se debe tener. Quizá un país regido por más cabezas pensantes funcionaría mucho mejor que uno en el que sólo piensan seis.

Srta. D^a Betty Jansen

Quería abordar el tema desde el punto de vista publicitario.

En primer lugar, no creo que haya habido crisis en el principio de la publicidad. Quizá ha habido una mala forma de llevar una campaña política. Lamentablemente, esto se ha producido por el resultado obtenido de la reacción del electorado. Si los resultados han sido positivos, se ha seguido llevando mal la campaña política.

En segundo lugar, el político no miente. El político ofrece o plantea unos puntos que se cumplirán a largo plazo. Y no está en sus manos desarrollarlos, porque no pueden predecir el futuro.

En tercer lugar, el político o el producto -hablando en términos publicitarios- debe hacer su oferta teniendo en cuenta los errores que ha tenido el producto que está en el mercado. Por lo tanto, no hay violencia en los debates políticos, sino que se enfatizan los fallos que han tenido los productos en el mercado.

Sr. D. Alberto Fernández Bombín

Quería tratar un punto de vista totalmente distinto, una referencia bastante evasiva.

¿Qué es un partido político? En democracia, se supone que es un conjunto de personas unidas por unos ideales comunes, que utilizan esa unión como plataforma para que la sociedad mejore.

¿Qué es actualmente un partido político? Es una institución que tiene un fin en sí mismo y una maquinaria que se pone en funcionamiento cuando hay elecciones. Utilizan las armas del *marketing* más que las de la política. Habla a un segmento del mercado que le está escuchando.

Existe una interacción entre sociedad, partidos políticos y medios de comunicación. Una parte de la sociedad pide «carnaza», los medios de comunicación, como tienen que vender, también la piden y el partido político se la otorga.

Se debe fomentar una conciencia crítica. Cuando nos ponemos a ver la televisión, no escuchamos debates políticos, escuchamos como se lanzan improperios unos políticos a otros. Puede que una parte del público disfrute con ese espectáculo, pero eso no es debate político.

Prof. D. Carlos R. Fernández Liesa

Los debates políticos son actualmente inútiles. Una cosa es el debate político y otra muy distinta los monólogos que estamos escuchando. El debate está alejado del interés general.

La adhesión al Tratado de la Unión, por ejemplo, se hizo escamoteando el debate y las consecuencias, positivas o negativas, que ha producido esta adhesión. Y estas consecuencias, no debatidas, pueden suponer una mutación constitucional. Esto se ha logrado porque ha existido consenso entre casi todos los partidos, salvo Izquierda Unida que mantuvo tal vez una posición irreal. Y cuando hay consenso político entre los dirigentes y no hay debate político, no se sabe muy bien de dónde viene ese consenso.

En cuanto a las soluciones, no me atrevo a dar ninguna. Aparte, las soluciones a este problema no son fáciles.

Sr. D. Carlos Sánchez Olea

Comparto la reflexión de Antonio García-Santesmases, porque mi intervención estaba motivada por las palabras de José M^a Mohedano -que ya nos ha abandonado-.

Quería comentar la última parte de su intervención, porque me sorprendió su ingenuidad cuando hablaba de cómo se instrumentalizaban las opiniones y la falta de participación de mentes con cierto privilegio en el conocimiento de las cosas. Como ya no está en la sala, no quiero profundizar más.

A propósito de la opinión de Claro Fernández-Carnicero, que me parece una reflexión muy interesante, quiero complementarla con una frase de Beaudiard*, quien cuando hablaba de la publicidad decía que vivimos en una sociedad donde lo verosímil sustituye a lo verdadero. Y el método publicitario se está trasladando al ámbito de las actuaciones políticas.

Un periodista que hizo una entrevista magnífica en el suplemento dominical de El País hace un par de años decía que en algunos medios de comunicación era más importante el que contaba como se metía el gol que el que propiamente lo metía.

Excmo. Sr. D. José Antonio Martín Pallín

No me preocupa en absoluto la virulencia o corrupción del lenguaje político en épocas electorales. Es algo consustancial. En todo caso, me preocupa desde el punto de vista profesional, porque hay algunas personas que se sienten ofendidas y deciden acudir al juzgado de guardia, dándonos trabajo porque tenemos que estudiar el caso, empezando a distinguir entre el *animus in iurandi* y la libertad de expresión. Y eso es molesto porque uno ya tiene bastante tarea con lo que acontece diariamente en la sociedad española. Fuera de esta incidencia, cuando el debate político no tiene repercusiones judiciales, ¡que cargue cada uno con su responsabilidad!

Los ciudadanos de este país vamos siendo cada vez más maduros y lo podemos recibir y asimilar como creemos más conveniente.

Sin embargo, me preocupa la corrupción del lenguaje durante el largo interregno entre épocas electorales. Se ha producido una auténtica perversión en la utilización del lenguaje y del debate político, con una especie de reparto de papeles, no concertados entre los protagonistas, pero sí derivado del propio protagonismo que les corresponde desempeñar en el Parlamento. Consiste en el doble lenguaje del poder y de la oposición. Cuando se está en el poder se tiene un lenguaje dialéctico y cuando se está en oposición se utiliza un lenguaje muy distinto.

Y me preocupa especialmente cuando ese lenguaje hace referencia a las libertades públicas. Asistimos a espectáculos paradójicos desde el punto de vista de un análisis estructural de las posiciones ideológicas de los partidos. Algunos grupos vemos como se alzan contra las leyes elaboradas por el grupo político en el poder, defendiendo las libertades ante el Tribunal Constitucional; estos mismos podrían tener, desde ese mismo poder, un mismo lenguaje o una misma idea sobre el desarrollo legislativo de una libertad fundamental.

Quiero pensar que esta perversión del lenguaje es un producto de nuestra inmadurez democrática. Espero que, con el tiempo, cuando se vayan consolidando en el paso de la alternancia en el poder, cada uno recobre su propio protagonismo dentro del debate político y cada uno asuma, no ya el mismo lenguaje, porque el lenguaje del poder tiene que ser más pragmático y el lenguaje de la oposición es más idealista, pero más ajustado a la ideología que cada uno de ellos dice ostentar o representar ante la sociedad española. Si es algo que inexorablemente se tiene que producir como un juego tramposo de la democracia, habrá que lamentarlo. Soy optimista y creo que estamos simplemente ante un fenómeno derivado de la inmadurez democrática de nuestro sistema.

Prof. D. Manuel Aragón Reyes

Como es la segunda vez que intervengo, pido excusas por mi abuso, pero por alusiones al tema de la mentira, creo que debo replicar.

Puede que Virgilio Zapatero entendiera mal mis palabras o puede que yo no me expresase correctamente. Posiblemente lo segundo, ya que la inteligencia de Virgilio Zapatero hace pensar que efectivamente así fue.

No dije que los políticos fueran mentirosos. Dije que estaba o parece estar muy extendida -y hay encuestas suficientes sobre ello- la opinión social de que los políticos no dicen la verdad. Otra cosa es que esto se corresponda con la realidad. Como la democracia es por fortuna un régimen político basado en la opinión pública, lo importante no es sólo lo que ocurre sino la percepción que se tiene de lo que ocurre. En consecuencia, eso es mucho más grave que el impropio en épocas electorales.

Por cierto, respecto el impropio común, frecuente y muy agudizado últimamente en época electoral, no estoy totalmente de acuerdo con el senador Ferrer, porque no creo que sea una consecuencia de la historia española de los últimos dos siglos. De 1977 a 1993 ha habido muchos menos impropios y mucha más tolerancia. Quizá hay que buscar las causas en acontecimientos muchos más recientes.

Sin embargo, como decía José Antonio Martín Pallín, me preocupa más el discurso político en época no electoral; mejor dicho, el discurso político ordinario, porque en época electoral estamos constantemente desde hace más de un año y medio. Y ese discurso político ordinario es el que crea esta percepción. Habría que ver las claves para que esto se produzca. Seguramente la inmensa mayoría de los políticos no miente, pero también es cierto que unos cuantos mienten mucho. Y estos pocos son políticos muy relevantes. También es posible que los medios de comunicación perviertan la transmisión del discurso político. Es posible también que algún medio mienta, pero echarle la culpa a los medios es como echarle la culpa a la historia.

Por último, no debemos pensar que la sociedad es algo separado de la política. No es cierto que los políticos son así o que existan los excesos verbales porque la sociedad los demanda. La sociedad y la política están interrelacionadas. La sociedad es de una determinada manera como consecuencia de muchas cosas, no por generación espontánea, entre otras cosas el mal ejemplo de sus minorías dirigente (intelectuales, políticos, etc.). No tiene toda la culpa, pero no entiendo una sociedad civil sola o separada. Los políticos forman parte de la sociedad de su país.

Prof. D. Gaspar Ariño Ortiz

El problema no es si los políticos mienten o no; el problema es que no dicen nada. La mayoría de los políticos no usan un lenguaje grueso, sino que tienen una vaciedad de debate político verdaderamente preocupante. No creo que los políticos actuales sean peores que los de la transición. Entre otras cosas, son los mismos. La mayoría de los protagonistas políticos actuales ya eran figuras muy relevantes en la transición.

Quizá ha ocurrido aquello que decía Tocqueville, que sucede mucho en la vida social: los vicios de un sistema son siempre superiores a la virtud de los hombres que lo practican. En España, como consecuencia de la implantación de la Constitución, de la Ley electoral y del funcionamiento de los partidos políticos, especialmente de su financiación, de su oligarquía de hierro en los secretariados y de ese aire carismático, elitista y caudillista que todos ellos tienen, el sistema se ha ido degradando poco a poco hasta llegar a la actual situación. Política en España significa sólo una cosa: proceso electoral. Aquí acaban unas elecciones el seis de junio y empiezan las siguientes el siete de junio. El único objetivo de la oposición es ganar las próximas elecciones; el único objetivo del partido del gobierno es mantenerse lo más férreamente posible en las estructuras de poder. Los partidos políticos españoles se han convertido en maquinarias electorales permanentes. No hay programas creíbles, ni análisis de los problemas, ni estudios serios sobre la sociedad española y sus transformaciones, ni pluralidad de opinión ni democracia interna en el seno del partido, porque esto hace peligrar la eficacia electoral.

El debate tiene como única misión ganar votos, transmitir una imagen y no descubrir soluciones a los problemas sociales. La imagen que uno da es más importante que la realidad. Lo primordial no es la sustancia, el ser o no ser, sino el parecer. No es importante tener ideas, soluciones u ofertas políticas programáticas, sino parecer que se tienen.

¿Qué dinero dedican partidos políticos al aparato, a la propaganda, a la maquinaria electoral y qué dinero y qué esfuerzo se dedica a la formación, al estudio interno, al

debate de las cuestiones de la vida española? Lo importante para los partidos son las encuestas no las ideas. Interesa captar qué quiere la sociedad. Para eso, todos partidos dedican muchísimo dinero a hacer encuestas permanentes para saber qué quiere la gente oír. Por tanto, los líderes políticos no son líderes realmente, sino *followers*; se ponen al frente de la manifestación allí donde la manifestación quiera dirigir sus pasos. Por esto se producen afirmaciones, desmentidos, contradicciones e indefinición. No es que el campo de juego sea pequeño, sino que nadie se quiere salir de esa especie de marco en el que los encuestadores han dicho que conviene pronunciarse en este o en otro sentido.

Por esto vicios del sistema no hay debate en realidad. El debate no consiste en una entrevista tras otra con un periodista o con una radio matutina, ni en ver quién va a más radios y quién tiene mayores oportunidades de ponerse la *alcachofa* para hablar. Suscribo la necesidad de los debates en directo y con tiempo entre representantes políticos y no sólo los diálogos con periodistas. El político siempre está en condiciones de superioridad ante el periodista, porque existe, respecto a él, una especie de veneración sacral. En general, el periodista en España es bastante respetuoso con el político, al menos en las entrevistas.

No creo en el debate parlamentario. Tuve una pequeña experiencia parlamentaria y quiero contar una anécdota de una de mis intervenciones parlamentarias. Se me encomendó en el partido que llevase la enmienda a la totalidad y el debate de la Ley del Suelo. La Ley del Suelo y Ordenación Urbana del 90 era una ley muy importante para la vida social. Me estudié la Ley del Suelo, preparé las enmiendas, etc. Cuando llegó el momento del debate a la totalidad, que era un jueves por la mañana, un ilustrísimo representante de la prensa, el corresponsal parlamentario de un gran periódico, abandonaba la Cámara. Nos cruzamos en la puerta y le pregunté que si se marchaba; él me contestó que se iba porque no había nada especial. Le dije que íbamos a debatir la Ley del Suelo y me contestó que eso era cosa de los de economía. Lo único importante para este ilustrísimo periodista era si había escándalo o no ese día. Esta anécdota refleja que el debate parlamentario no tiene ningún eco salvo si hay alboroto. Hasta el punto que alguna vez he dicho que la cámara de representantes, como depositaria de la soberanía, pasó a la historia. Hoy la única cámara es la de la televisión. Lo que no pasa ante la televisión no existe para los partidos políticos. Por eso, éstos, antes de empezar el debate parlamentario, procuran adelantar a los periodistas todo lo que allí va a pasar para ver si consiguen adelantarse a los acontecimientos. Lo importante no es lo que se diga en la cámara, sino lo que se diga en la prensa.

Y esto no tiene solución si no se cambia el sistema electoral, las circunscripciones electorales, la financiación de los partidos políticos, el reglamento del Congreso de los Diputados y del Senado y la presencia habitual y constante del debate político en la televisión. Los debates cambiarían. La experiencia demuestra que cuando hay un debate interesante hay un público que sigue estos acontecimientos. Y eso es lo importante porque es inútil que tratemos de dar buenos consejos, tener buenos propósitos, procurar que los parlamentarios sean respetuosos o que utilicen un lenguaje correcto. Otro problema es la vida del parlamentario, porque una de las características de nuestro sistema político es una especie de selección al revés, ya que mucha gente se va aburrída de las cámaras porque en realidad allí tiene poco que hacer y tiene la sensación de que pierde el tiempo y se desazona.

Por tanto, la degradación del lenguaje político es el subproducto de los vicios de un sistema que hay que cambiar. Y hay que empezar a hablar de reformar aquello que sea reformable, empezando por la Constitución si fuera necesario para cambiar el sistema electoral.

Sr. D. César Egido Serrano

Existe una inflación de debate político en España. Cuando se pone la televisión o la radio, siempre hay un debate político o futbolístico. Y lo importante es decir algo que sirva al ciudadano; es decir, que se observe una actitud docente en el debate político. Esto no es baladí, porque si esto se produce, habremos conseguido tener una clase dirigente. Así, puede que lleguemos a cambiar esa denominación tan poco afortunada de clase política para pasar a denominar a los políticos que se lo merezcan como clase dirigente.

Como he dicho, la docencia política no es una cuestión nimia. Por ejemplo, hemos visto alguna vez un debate sobre el tema de la droga, una cuestión muy candente, donde todos los políticos están de acuerdo en intentar informar sobre el asunto. Pero nadie dice algo tan sensato como que los damnificados de la droga están en período de formación y hay que ayudarles. Por tanto, es importante que nos concienciamos de la actitud docente de la política, sobre todo porque así se descubre la actitud y la diferenciación entre los que llegan a ser clase dirigente y los que son simplemente clase política.

En mi modesta opinión -y quiero decir que es la primera vez que hablo en un auditorio en el que todos los participantes están acostumbrados a hablar-, el debate político está corrompido porque está reducido a un debate dialéctico. La sociedad española no quiere más palabras. El debate se debería enfocar hacia una dinámica ejemplarizante. Hay que dar ejemplo, no sólo palabras.

Sr. D. José M^a Jiménez Shaw

El Sr. Fernández Bombín dijo que si existían insultos y descalificación en una campaña electoral o durante el discurso político era porque había un público que lo demandaba. Ante esto, creo que debe de haber una doble responsabilidad. Personalmente, esta situación me aburre y me cansa. No me gusta la política cuando se utiliza el insulto. Por un lado, los mismos políticos no deben entrar en el juego; así, las personas que utilizan el insulto y la descalificación se quedarían solas. Por otro lado, la misma sociedad debe ir alejándose de aquellas personas que cambian los argumentos por la visceralidad.

Y en cuanto a las últimas intervenciones, creo que, tanto en este tema como en otro, lo importante es educar a la sociedad. ¿Quiénes son los que tienen esa posibilidad? Las personas que están, en un momento determinado, en un puesto de responsabilidad, en el gobierno, ya sea de la nación, del ayuntamiento o de la comunidad autónoma. Y la mejor forma de educar es dando ejemplo.

Me gustaría resaltar que para que todo esto se pueda conseguir son necesarias las listas abiertas, para que la responsabilidad sea individual y no sea partidista.

Por último, una idea que se me ha ocurrido y que podría ser interesante: pienso que podría haber un debate electoral, como parte de la campaña electoral, entre los diputados en la última o en las dos últimas sesiones antes de la disolución de las cámaras. Al hacer este debate

en el Parlamento se le daría mayor importancia a éste. Y para hacerlo más ameno, podría empezar directamente con las réplicas y las contrarréplicas, pudiendo hablar unos cuantos representantes de cada partido y no una sola persona de cada grupo.

Excmo. Sr. D. Joaquim Ferrer i Roca

Quería decir que me ha parecido muy interesante la intervención de Esteban Ibarra cuando se ha preguntado qué hacen los partidos entre elección y elección. Los partidos, incluso los históricos, son organizaciones muy nuevas. Toda nuestra estructura democrática está en rodaje. La democracia moderna no nació en la Península Ibérica. De la misma manera que estamos teniendo la primera generación de jueces democráticos, lo mismo ocurre con los demás instrumentos de la sociedad democrática que estamos construyendo.

Por lo tanto, hay mucho trabajo por hacer.

Sr. D. Jorge Álvarez Agredo

Quisiera centrar mi intervención en dos momentos muy importantes, que aquí se han tocado ya, pero que por su relevancia puede que sea bueno recalcarlos.

En primer lugar, resaltar las consecuencias negativas que puede producir la degradación del debate político vigente en la sociedad española, aunque sea un fenómeno internacionalizado, porque se llega a creer que son las instituciones democráticas las que fallan. Esto puede crear cierta apatía o excepticismo, particularmente en la juventud. Se ha indicado ya, con cifras estadísticas, que un gran sector social no apoya el parlamentarismo o que está en contra o pasa de los partidos políticos. Dejar que esta situación continúe es peligroso, porque se pueden crear en algún momento argumentos para justificar la disolución de los parlamentos, como ha pasado en Rusia o en Perú. El pueblo llega a acatar esta situación y justifica que los políticos sean corruptos y que utilicen el Parlamento para lanzarse insultos o diatribas. Y así, como ha ocurrido en Perú, un gran sector de la sociedad admite que la institución parlamentaria ha funcionado mal y por eso se ha eliminado -aunque se ha vuelto a implantar desde hace poco tiempo-. Aunque en España no se dan estas condiciones, creo que debemos considerar esta cuestión.

En segundo lugar, creo que es muy fácil decir que los partidos políticos tienen el monopolio para poder expresarse y para poder participar en la vida política del país. Pero, desde el lugar en que nos encontremos (asociaciones juveniles, sindicatos, universidad, etc.), debemos potenciar la participación de las personas con alternativas. No debemos basar nuestras expectativas en los partidos políticos. La sociedad civil también tiene cierta responsabilidad en esto y a través de sus organizaciones puede plantear alternativas y participar en la vida política del país.

Sr. D. José M^a Martín Patino

Víctor Ríos, en vez de consumir su turno, al que tenía derecho, me ha pasado una nota porque quiere hacer una puntualización. Voy a leerla tal como él la ha expresado: «Sólo quería decir una cosa. Creo que hoy, por suerte, las urnas no van a permitir el insulto en campaña, sino que lo van a penalizar. Nuestro pueblo va aprendiendo y el mayor nivel de instrucción de los jóvenes les ha hecho muy críticos y autónomos».

¡Ojalá se haga realidad este deseo!. Y con él terminamos. La democracia no es una pura estructura, es una cultura. Y algo hemos avanzado.

En los diez debates que hemos celebrado aquí, las intervenciones son cada vez más breves y concisas. Y desde luego éste ha sido un récord. Estamos intentando mejorar el método, que Antonio García-Santesmases ha criticado, para lograr un sistema más constructivo. Creo que llegará un momento en que nuestras reuniones se parecerán más a la Cámara de los Lores y cada uno podrá contestar inmediatamente o pueda coger el hilo de la intervención anterior. Pero siempre tendrá que haber alguien que introduzca un nuevo tema. Quizá podamos hacer una mezcla de las dos cosas. Desde luego, esta cuestión del método es bastante problemática.

Estas reuniones nacieron para impulsar el debate, porque creíamos que había muy poco debate, tanto en el Parlamento como dentro de los partidos, en los medios de comunicación y en toda la vida pública. Algo hemos progresado a pesar de las herencias tristes que nos recordaba el senador Ferrer.

Estos debates tienen también una cierta pedagogía. Intentan decir que es posible y hay que intentarlo. La democracia española depende mucho de que vayamos progresando en esta pedagogía del debate.

Muchísimas gracias. Perdonen que les hayamos robado un tiempo de descanso merecido.